

Francisco Cândido Xavier

JESÚS
EN
EL
HOGAR

Por el Espíritu Neio Lúcio

ÍNDICE

Jesús en el hogar

- 1 – El culto cristiano en el hogar
- 2 – La escuela de las almas
- 3 – Explicaciones del Maestro
- 4 – La lección de la semilla
- 5 – El siervo inconstante
- 6 – Los instrumentos de la perfección
- 7 – El mayor servidor
- 8 – El príncipe sensato
- 9 – El mensajero del amor
- 10 – El juez reformado
- 11 – El santo desilusionado
- 12 – Los descubridores del hombre
- 13 – El revolucionario sincero
- 14 – La corona y las alas
- 15 – El ministro sabio
- 16 – El auxilio mutuo
- 17 – La exaltación de la cortesía
- 18 – La bendición del estímulo
- 19 – La receta de la felicidad
- 20 – La caridad desconocida
- 21 – El rico vigilante
- 22 – El talismán divino
- 23 – Los mensajeros distraídos
- 24 – Las señales de la renovación
- 25 – La visita de la verdad
- 26 – El valor del servicio
- 27 – El don olvidado
- 28 – La respuesta celeste

- 29 – La parábola recordada
- 30 – La regla de ayudar
- 31 – La razón del dolor
- 32 – La fe victoriosa
- 33 – La apelación divina
- 34 – La sierva escandalizada
- 35 – La necesidad de entendimiento
- 36 – El problema difícil
- 37 – El hijo ocioso
- 38 – El argumento justo
- 39 – El poder de las tinieblas
- 40 – El venenoso antagonista
- 41 – El incentivo santo
- 42 – El mensaje de la compasión
- 43 – La gloria del esfuerzo
- 44 – La lección de lo esencial
- 45 – El imperativo de la acción
- 46 – El árbol precioso
- 47 – El educador perturbado
- 48 – El provecho común
- 49 – La jornada redentora
- 50 – En oración

Jesús en el Hogar

Para la generalidad de los estudiosos, Cristo permanece tan sólo situado en la Historia para modificar el curso de los acontecimientos políticos del mundo; para la mayoría de los teólogos, es un simple objeto de estudio, en las sagradas escrituras, imprimiendo un nuevo rumbo a las interpretaciones de la fe; para los filósofos, es el centro de polémicas interminables, y, para la multitud de los creyentes inertes, es el bienhechor providencial en las crisis inquietantes de la vida común.

Pero, cuando el hombre percibe la grandeza de la Buena Nueva, comprende que el Maestro no es apenas el reformador de la civilización, el legislador de la creencia, el conductor del raciocinio o el donante de facilidades terrestres, pero también, por encima de todo, el renovador de la vida de cada uno.

Alcanzando ese ápice del entendimiento, la criatura ama el templo que le orienta el modo de ser; sin embargo, no se restringe a las reuniones convencionales para las manifestaciones de adoración y, sí, trae el Amigo Celeste al santuario familiar, donde Jesús, entonces, pasa a controlar las pasiones, a corregir los maneras y a inspirar las palabras, habilitando al aprendiz a traducirle las enseñanzas eternas a través de acciones vivas, con las cuales espera el Señor extender el divino reinado de la paz y del amor sobre la Tierra.

Cuando el *Evangelio* penetra el Hogar, el corazón abre más fácilmente la puerta al Maestro Divino.

Neio Lúcio conoce esta verdad profunda y consagra a los discípulos nuevos, algunas de las lecciones del Señor en el círculo más íntimo de los apóstoles y seguidores de la primera hora.

Hoy, que ya transcurrieron casi veinte siglos sobre las primicias de la Buena Nueva, el domicilio de Simón se transformó en el mundo entero...

Jesús continúa hablando a los compañeros de todas las latitudes. Que su voz incisiva y dulce pueda grabar en el libro de nuestra alma, la lección renovadora de que carecemos delante del porvenir, convirtiéndonos en sembradores activos de su infinito amor, es la dicha mayor a que podremos aspirar.

Emmanuel

Pedro Leopoldo, el 3 de octubre de 1949.

El culto cristiano en el hogar

Se poblara el firmamento de estrellas, dentro de la noche de luna plateada, cuando el Señor, instalado provisionalmente en casa de Pedro, tomó las Sagradas Escrituras y, como si quisiese imprimir nuevo rumbo a la conversación que se hiciera improductiva y menos edificante, habló con bondad:

— Simón, ¿qué hace el pescador cuándo se dirige para el mercado con los frutos de cada día?

El apóstol pensó algunos momentos y contestó, titubeante:

— Maestro, naturalmente escogemos los mejores peces. Nadie compra los residuos de la pesca.

Jesús sonrió y preguntó de nuevo:

— Y el alfarero ¿qué hace para atender a la tarea a que se propone?

— Ciertamente, Señor — respondió el pescador, intrigado —, modela el barro, imprimiéndole la forma que desea.

El Amigo Celeste, de mirada compasiva y fulgurante, insistió:

— Y, ¿cómo procede el carpintero para realizar el trabajo que pretende?

El interlocutor, muy simple, informó sin titubear:

— Labrará la madera, usará la azuela y el serrucho, el martillo y el formón. De otro modo, no perfeccionará la pieza bruta.

Jesús se calló, por algunos instantes, y adujo:

— Así, también, es el hogar delante del mundo. La cuna doméstica es la primera escuela y el primer templo del alma. La casa del hombre es la legítima exportadora de caracteres para la vida común. Si el negociante selecciona la mercancía, si el ebanista no consigue hacer un barco sin amoldar la madera a sus propósitos, ¿cómo esperar una comunidad segura y tranquila sin que el hogar se perfeccione? La paz del mundo comienza bajo las tejas a que nos acogemos. Si no aprendemos a vivir en paz, entre cuatro paredes, ¿cómo esperar la armonía de las naciones?

Si no nos habituamos a amar al hermano más próximo, que está asociado a nuestra lucha de cada día, ¿cómo respetar al Eterno Padre que

nos parece distante?

Jesús pasó rápidamente la mirada por la modesta sala, hizo un pequeño intervalo y continuó:

— Pedro, encendamos aquí, en torno a los que nos buscan la asistencia fraterna, una claridad nueva. La mesa de tu casa es el hogar de tu pan. En ella, recibes del Señor el alimento de cada día. ¿Por qué no instalar, alrededor de ella, la sementera de la felicidad y de la paz en la conversación y en el pensamiento? El Padre, que nos da el trigo para el granero, a través del suelo, nos envía la luz a través del Cielo. Si la claridad es la expansión de los rayos que la constituyen, la abundancia comienza en el grano. En razón de eso, el Evangelio no fue iniciado sobre la multitud, y, sí, en el sencillo domicilio de los pastores y de los animales.

Simón Pedro fijó en el Maestro los ojos humildes y lúcidos y, como no encontró palabras adecuadas para explicarse, murmuró, tímido:

— Maestro, que se haga como deseas.

Entonces Jesús, convidando a los familiares del apóstol a la exposición edificante y a la meditación elevada, desenrolló los escritos de la sabiduría y abrió, en la Tierra, el primero culto cristiano del hogar.

La escuela de las almas

Congregados, alrededor de Cristo, los familiares de Simón oyeron la voz suave y persuasiva del Maestro, comentando los sagrados textos.

Cuando la palabra divina terminó la hermosa disertación, la suegra de Pedro indagó, inquieta:

— Señor, a final de cuentas, ¿qué viene a ser nuestra vida en el hogar?

Él la contempló, significativamente, demostrando la expectativa de más amplias aclaraciones, la respetable señora añadió:

— Iniciamos la tarea entre flores para que encontremos después pesada cosecha de espinas.

En el comienzo es la promesa de paz y comprensión; sin embargo, luego después, surgen piedras y sinsabores...

Notando que la señora galilea se sensibilizara hasta las lágrimas, Jesús se dio prisa en responder:

— El hogar es la escuela de las almas, el templo donde la sabiduría divina nos habilita, poco a poco, al grande entendimiento de la Humanidad.

Y, sonriendo, preguntó:

— ¿Qué haces inicialmente con las lentejas, antes de servir las para comer?

La interpelada respondió, titubeante:

— Ciertamente, Señor, me cabe llevarlas al fuego para que se cuezan lo suficiente. Después, debo sazonarlas, tornándolas agradables al sabor.

— Por ventura, ¿pretenderías, también, servir pan crudo a la mesa?

— De ningún modo — respondió la vieja humilde —; antes de entregarlo al consumo casero, me compete someterlo al calor del horno. Sin esa medida...

El Divino Amigo entonces consideró:

— Hay también un banquete festivo, en la vida celestial, donde nuestros sentimientos deben servir a la gloria del Padre. El hogar, la mayoría de las veces, es el crisol santo o el horno que prepara. Lo que nos parece aflicción o sufrimiento dentro de él, es recurso espiritual. El corazón despierto para la Voluntad del Señor retira las más luminosas bendiciones de sus luchas renovadoras, porque, solamente ahí, al encuentro de unos con

los otros, examinando aspiraciones e inclinaciones que no son nuestras, observando defectos ajenos y aguantándolos, aprendemos a deshacer las propias imperfecciones.

¿Nunca notó la rapidez con que transcurre la existencia de un hombre? La vida carnal es idéntica a la flor de la hierba. Por la mañana emite perfume, por la noche, desaparece... El hogar es un curso ligero para la fraternidad que disfrutaremos en la vida eterna. Sufrimientos y conflictos naturales, en su círculo, son lecciones.

La suegra de Simón escuchó, atenta, y ponderó:

— Señor, pero hay criaturas que luchan y sufren; sin embargo, jamás aprenden.

El Cristo posó en la interlocutora los ojos muy lúcidos y volvió a indagar:

— ¿Qué haces con las lentejas endurecidas que no ceden a la acción del fuego?

— ¡Ah! Sin duda las echo al basurero, porque herirían la boca del comensal descuidado y confiado.

— Ocurre lo mismo — terminó el Maestro — con el alma rebelde a las sugerencias edificantes del hogar. La lucha en común mantiene el hervor benéfico; todavía, cuando llega la muerte, la gran seleccionadora del alimento espiritual para los graneros de Nuestro Padre, los corazones que no cedieron al calor santificador, manteniéndose en la misma dureza, dentro de la cual fueron llevados al horno bendito de la carne, serán arrojados afuera, a fin de permanecer, por tiempo indeterminado, en la condición de abono, entre los detritos de la Naturaleza.

Explicaciones del Maestro

En plena conversación edificante, Sara, la esposa de Benjamín, el criador de cabras, oyendo los comentarios del Maestro, en los dulces entendimientos del hogar de Cafarnaúm, preguntó, de ojos fascinados por las nuevas revelaciones:

— La idea del Reino de Dios, en nuestras vidas, es realmente sublime; sin embargo, ¿cómo iniciarme en ella? Hemos oído las predicaciones a la margen del lago y sabemos que la Buena Nueva aconseja, por encima de todo, el amor y el perdón... Anhelaría ser fiel a semejantes principios, pero me siento presa a las viejas normas. No consigo disculpar los que me ofenden, no entiendo una vida en la que cambiemos nuestras ventajas por los intereses de los otros, soy apegada a mis bienes y celosa de todo que acepto como siendo propiedad mía.

La dama se confesaba con simplicidad, no obstante la sonrisa decepcionada de quien encuentra obstáculos casi invencibles.

— Para eso — comentó Pedro —, es indispensable la buena voluntad.

— Con la fe en Nuestro Padre Celestial — aventuró la esposa de Simón —, atravesaremos los tropiezos más duros.

En todos los presentes transparentaba ansiosa expectativa en cuanto al pronunciamiento del Señor, que habló en seguida al largo silencio:

—Sara, ¿cuál es el servicio fundamental de tu casa?

— Es la crianza de cabras — respondió la interpelada, curiosa.

— ¿Cómo procedes para conservar la leche inalterada y pura en beneficio doméstico?

— Señor, antes de cualquier otra cosa, es imprescindible lavar, cautelosamente, el recipiente donde ella será colocada. Si se queda cualquier detrito en el ánfora, pronto toda la leche se queda ácida y ya no servirá para los servicios más delicados.

Jesús sonrió y explicó:

— Así es la revelación celeste en el corazón humano. Si no purificamos el recipiente del alma, el conocimiento, no obstante superior, se confunde con las suciedades de nuestro íntimo, como que se degenerando, reduciendo la proporción de los bienes que podríamos recoger. En verdad, Moisés y los Profetas fueron valerosos portadores de

mensajes divinos, pero los descendientes del Pueblo Escogido no purificaron suficientemente el receptáculo vivo del espíritu para recibirlos.

Es por esto que nuestros contemporáneos son justos e injustos, creyentes e incrédulos, buenos y malos al mismo tiempo. La leche pura de los esclarecimientos elevados penetra el corazón como alimento nuevo, pero ahí se mezcla con la herrumbre del egoísmo viejo. Del servicio renovador del alma quedará, entonces, el vinagre de la incomprensión, postergando el trabajo efectivo del Reino de Dios.

La pequeña asamblea, en la sala de Pedro, recibía la lección sublime y sencilla, con conmoción, sin cualquier interferencia verbal.

El Maestro, sin embargo, levantándose con discreción y humildad, acarició los cabellos de la señora que lo interpelara y concluyó, generoso:

—El rocío en un lirio blanco es diamante celeste, pero, en el polvo del camino, es una gota de lodo. No te olvides de esta verdad simple y clara de la Naturaleza.

La lección de la semilla

Delante de la perplejidad de los oyentes, Jesús habló, convincente:

— En verdad, es muy difícil vencer los aflictivos cuidados de la vida humana. Para cualquier lado que se vuelvan nuestros ojos, encontramos la guerra, la incompreensión, la injusticia y el sufrimiento. En el Templo, que es el Hogar del Señor, comparecen el orgullo y la vanidad en los ricos, el odio y la rebelión en los pobres. Ni siempre es posible traer el corazón puro y limpio, como sería de desear, porque hay espinos, barrizales y serpientes que nos rodean. Sin embargo, la idea del Reino Divino es así como la semilla minúscula del trigo. Casi imperceptible es lanzada a la tierra, aguantándole el peso y los detritos, pero, si germina, la presión y las impurezas del suelo no le paralizan la marcha. Atraviesa el suelo oscuro y, aunque de él retire en gran parte el propio alimento, su impulso de buscar la luz de encima es dominante. Desde entonces, haya sol o lluvia, sea de día o de noche, trabaja sin cesar en el propio crecimiento y, en esa ansia de ascender, fructifica para el bien de todos. El aprendiz que sintió la felicidad del despertar interior, como ocurre a la semilla de trigo, observa que largas raíces lo prenden a las inhibiciones terrestres... Sabe que la maldad y la sospecha le rondan los pasos, que el dolor es amenaza constante; Sin embargo, experimenta, por encima de todo, el impulso de ascensión y no consigue más detenerse. Actúa constantemente en la esfera de la que se hizo peregrino, en favor del bien general. No encuentra seducciones irresistibles en las flores de la jornada. El reencuentro con la Divinidad, del que se reconoce venturoso heredero, le constituye el objetivo inmutable y no descansa más, en la marcha, como si una luz consumidora y ardiente le torturase el corazón. Sin percibir, produce frutos de esperanza, bondad, amor y salvación, porque jamás retrocede para contar los beneficios de que se hizo instrumento fiel. La visión del Padre es la preocupación pertinaz que le vibra en el alma de hijo nostálgico.

El Maestro silenció por momentos y concluyó:

— En razón de eso, aunque el discípulo mantenga los pies encarcelados en el lodo de la Tierra, el trabajo infatigable en el bien, en el lugar en que se encuentra, es la marca indiscutible de su elevación. Conoceremos los árboles por los frutos e identificaremos al obrero del Cielo por los servicios en los que se expresa.

A estas alturas, Pedro interfirió, preguntando:

— Señor: ¿qué decir, entonces, de aquéllos que conocen los sagrados principios de la caridad y no los practican?

Jesús esbozó manifiesta satisfacción en la mirada y elucidó:

— Éstos, Simón, representan semillas que duermen, a pesar de proyectadas en el seno dadivoso de la tierra. Guardarán consigo preciosos valores del Cielo, pero yacen inútiles por mucho tiempo. Estemos convictos, sin embargo, de que los aguaceros y huracanes pasarán por ellas, renovándoles la posición en el suelo, y ellas germinarán victoriosas, un día. En los campos de Nuestro Padre, hay millones de almas así, aguardando las tempestades renovadoras de la experiencia, para que se dirijan a la gloria del porvenir.

¡Auxiliémoslas con amor y prosigamos, por nuestra vez, mirando al frente!

En seguida, ante el silencio de todos, Jesús bendijo a la pequeña asamblea familiar y partió.

El siervo inconstante

Delante de todos los presentes, el Maestro narró con llaneza:

— Cierta hombre encontró la luz de la Revelación Divina y deseó ardientemente habilitarse para vivir entre los Ángeles del Cielo.

Tanto suplicó esa bendición al Padre que, a través de la inspiración, el Señor lo envió al perfeccionamiento necesario con vistas al fin a que se proponía.

Por intermedio de varios amigos, orientados por el Poder Divino, el candidato, que demostraba destacada inclinación por la escultura, fue llevado a colaborar con antiguo maestro, con mármol valioso. Sin embargo, al poco tiempo, se dimitió, alegando la imposibilidad de someterse a un hombre ríspido e intratable; se transfirió, de ese modo, para una oficina consagrada a la confección de utensilios de madera, bajo las directrices de viejo escultor. Lo abandonó también, sin demora, aseverando que no le era posible aguantarlo. En seguida, fue empleado bajo las determinaciones de conocido obrero especializado en la construcción de columnas en estilo griego. Pero, no tardó en dejarlo, declarando no tolerarle las exigencias. En seguida, se entregó al trabajo, bajo los órdenes de experimentado escultor de ornamentaciones en arcos festivos, pero, pasada una semana, huyó a los compromisos asumidos, afirmando haber encontrado un jefe por demás violento e irritable. Después, se colocó bajo la orientación de un fabricante de arcas preciosas, de quien se alejó, en pocos días, con el pretexto de tratarse de criatura desalmada y cruel.

Y, así, de tarea en tarea, de oficina en oficina, el aspirante al Cielo decía, invariablemente, que no le era posible incorporar las propias energías a la experiencia terrestre, por encontrar, en toda parte, el error, la maldad y la persecución en los que lo dirigían, hasta que la muerte vino a llevarlo a la presencia de los Ángeles del Señor.

Con sorpresa, sin embargo, no les encontró tan sonrientes como él esperaba. Uno de ellos avanzó, triste, e indagó:

—Amigo, ¿por qué no te preparaste delante de los imperativos del Cielo?

El interpelado que identificaba la propia inferioridad, por las sombras en que se envolvía, clamó en llanto que sólo había encontrado exigencia y dureza en los conductores de la lucha humana.

El Mensajero, sin embargo, observó, con amargura:

— El Padre te llamó a servir en tu propio provecho, y no a juzgar. Cada hombre dará cuenta de sí mismo a Dios. Nadie escapará a la Justicia Divina que se pronuncia en el momento preciso. ¿Cómo pudiste olvidar tan simple verdad, dentro de la vida? El martillo bate el yunque, el herrero conduce el martillo, el comerciante examina la obra del herrero, el pueblo da la opinión sobre el negociante, y el Señor, en el conjunto, analiza y juzga a todos. Si huiste de pequeños servicios del mundo, bajo la alegación de que los otros eran incapaces e indignos de la dirección, ¿cómo podrás entender el ministerio celestial?

Y el trabajador inconstante pasó a sufrir las consecuencias de su caída impensada.

Jesús hizo una pausa y concluyó:

— Quien estuviere bajo el dominio de personas enérgicas y endurecidas en la disciplina, excelentes resultados conseguirá recoger si supiere y pudiere aprovecharles la aspereza, inspirándose en la madera bruta al contacto de la garlopa benefactora. Bendita sea la mano que educa y corrige, pero bienaventurado sea aquel que se deja corregir al toque de la renovación y el perfeccionamiento, porque los maestros del mundo siempre reclaman la lección de otros maestros, pero la obra del bien, cuando es realizada para todos, permanece eternamente.

Los instrumentos de la perfección

En aquella noche, Simón Pedro traía a la conversación el espíritu regañado por extremo disgusto.

Se había encolerizado con parientes insensatos y rudos.

Un viejo tío lo acusara de dilapidador de los bienes de la familia y un primo amenazara abofetearlo en la vía pública.

Por eso, estaba con el semblante cargado y austero.

Cuando el Maestro leyó algunas frases de los Sagrados Escritos, el pescador se desahogó. Describió el conflicto con a parentela y Jesús lo oyó en silencio.

Al término del largo informe afectivo, indagó el Señor:

—Y ¿qué hiciste, Simón, delante de las arremetidas de los familiares incomprensivos?

— ¡Sin duda, reaccioné cómo debía! — contestó el apóstol, vehemente. — Coloqué a cada uno en su lugar. Anuncié, sin rebozos, las malas cualidades de las que son portadores. Mi tío es un raro ejemplar de tacañería y mi primo es un mentiroso contumaz. Probé, delante de numerosa asistencia, que ambos son hipócritas, y no me arrepentí de lo que hice.

El Maestro reflexionó por largos minutos y habló, compasivo:

—Pedro, ¿qué hace un carpintero en la construcción de una casa?

— Naturalmente trabaja — respondió el interpelado, enfadadizo.

— ¿Con que? — indagó el Amigo Celeste, bien humorado.

— Usando herramientas.

Después de la respuesta breve de Simón, el Cristo continuó:

— Las personas con las cuales nacemos y vivimos en la Tierra son los primeros y más importantes instrumentos que recibimos del Padre, para la edificación del Reino del Cielo en nosotros mismos. Cuando fallamos en el aprovechamiento de ellos, que constituyen elementos de nuestra mejoría, es casi imposible triunfar con recursos ajenos, porque el Padre nos concede los problemas de la vida, de acuerdo con nuestra capacidad para solucionarlos. El ave es obligada a hacer el nido, pero no se le exige otro servicio. La oveja dará lana al pastor; sin embargo, nadie le exige la ropa lista. Al hombre le fueron concedidas otras tareas, como las del amor y de la humildad, en la acción inteligente y constante para el bien común, a fin de que la paz y la felicidad no sean mitos en la Tierra. Los parientes

próximos, en la mayoría de las veces, son el martillo o el serrucho que podemos utilizar en beneficio de la construcción del templo vivo y sublime, por intermedio del cual el Cielo se manifestará en nuestra alma. Mientras el ebanista usa sus herramientas por fuera, nos cabe aprovechar las nuestras por dentro. En todas las ocasiones, el ignorante representa para nosotros un campo de mérito espiritual; el malo es un desafío que nos pone la bondad a prueba; el ingrato es un medio de ejercitar el perdón; el enfermo es una lección a nuestra capacidad de ayudar. Aquél que se conduce bien, en nombre del Padre, junto a familiares endurecidos o indiferentes, se prepara con rapidez para la gloria del servicio a la Humanidad, porque, si la paciencia perfecciona la vida, el tiempo transforma todo.

Jesús se calló y, quizá porque Pedro tuviese aún los ojos indagadores, añadió serenamente:

— Si no ayudamos al necesitado que está cerca, ¿cómo ayudaremos a los afligidos que están lejos? Si no amamos el hermano que respira con nosotros los mismos aires, ¿cómo nos consagraremos al Padre que se encuentra en el Cielo?

Después de estas preguntas, se hizo en la modesta sala de Cafarnaúm expresivo silencio que nadie osó interrumpir.

El mayor servidor

Presente a la reunión familiar, Felipe, en dado instante, preguntó al Divino Maestro:

— ¿Señor, cuál es el mayor servidor del Padre entre los hombres en la Tierra?

Jesús reflexionó algunos minutos y contó:

— Gran multitud se congregaba en extenso campo, cuando ahí estacionó un famoso guerrero cargado con espadas y medallas, que pasó a dar lecciones de táctica militar, concitando a los circunstantes al aprendizaje de la defensa. El pueblo empezó a hacer ejercicios laboriosos, dando saltos y entregándose a peligrosas corridas, sin provecho real; pero, todo continuó como antes, sin rumbo y sin júbilo, perdiendo a muchos jóvenes en las actividades preparatorias de la probable guerra. En seguida, apareció en la misma región un gran político, con pesado equipaje de códigos, y dividió a la masa en varios partidos, donde los jóvenes se declararon contra los viejos, los hogares pobres contra los ricos, los siervos contra los mayordomos, y, no obstante la sementera de beneficios materiales, introducidos en la zona por la competencia de los grupos entre sí, el político siguió adelante, dejando oscuros espinos de odio, desengaño y discordia entre sus colaboradores.

Después de él, surgió un filósofo, llevando bajo el brazo abultados libros y dividió al pueblo en variadas escuelas de creencia que, pronto, propagaban infructíferas discusiones en los círculos de toda gente; la multitud dudó de todo, incluso de su propia existencia. La filosofía, sin duda, presentaba singulares ventajas, destacándose la del estímulo al pensamiento, pero las perturbaciones de que se hacía acompañar eran de las más lamentables, legando el filósofo muchas indagaciones inútiles a los cerebros menos aptos al esfuerzo de elevación. En seguida, compareció un sacerdote, lleno de ropajes y símbolos, que suministró muchas reglas de adoración al Padre. El pueblo aprendió a doblar las rodillas, a lavarse y a suplicar la protección divina, en horas ciertas. Sin embargo, todos los problemas fundamentales de la comunidad permanecieron sin alteración.

En el extenso dominio, no había directrices para el trabajo, ni ánimo consciente, ni valor, ni alegría. La enfermedad y la muerte, la necesidad y la ignorancia eran fantasmas de toda la gente.

Cierto día, sin embargo, apareció allí un hombre simple. No traía

armas, ni escrituras, ni discusiones y ni imágenes, pero por la sonrisa espontánea revelaba un corazón lleno de buena voluntad, guiando las manos productivas. No predicaba doctrinas de modo espectacular; no obstante, en los gestos de bondad pura y constante, rendía culto sincero al Todopoderoso. Empezó a destacarse trabajando una pequeña parte del campo, y la adornó de flores y frutos preciosos. Conversaba con sus compañeros de lucha, aprovechando las horas en la enseñanza fraternal y edificante y transmitía sus experiencias a todos los que se propusiesen a oírlo. Perfeccionó la madera, plantó árboles benefactores, construyó casas e instaló una escuela modesta. Muy pronto, alrededor de él, se propagaba la salud y la paz, la fraternidad y las bendiciones del servicio, la prosperidad y la alegría de vivir. Con el espíritu de trabajo y educación que él difundía, la defensa era buena, la política ayudaba, la filosofía era preciosa y el sacerdocio era útil, porque todas las acciones, en el campo, permanecían ahora presididas por el santo imperativo de la ejecución del deber personal para el bien de todos.

El Cristo se calló, pero la asistencia reducida no osó cualquier indagación.

Después de contemplar el horizonte lejano, en largos instantes de pensamiento mudo, el Maestro terminó:

— En verdad, hay muchos trabajadores en el mundo que merecen la bendición del Cielo por el bien que proporcionan al cuerpo y a la mente de las criaturas, pero aquél que educa al espíritu eterno, enseñando y sirviendo, está por encima de todos.

El príncipe sensato

Comentaban los apóstoles, entre sí, cual era la conducta más aconsejable delante del Todopoderoso, cuando el Maestro narró con blandura:

— Cierta rey, señor de inmensos dominios, deseando engrandecer el espíritu de los hijos para conferirles herencia condigna, los condujo a un extenso valle muy verde y rico de su enorme imperio y confió a cada uno determinada hacienda, que debían preservar y enriquecer por el trabajo incesante. El Padre deseaba de ellos la corona de la comprensión, del amor y de la sabiduría, solamente conquistable a través de la educación y del servicio; y, como debían utilizar material transitorio, les dio tiempo ajustado para las construcciones que les serían indispensables, más tarde, a los servicios de elevación. Así procedía, porque el valle era sujeto a modificaciones y llegaría un momento en que devastadora tempestad visitaría la región resguardándose con seguridad apenas aquéllos que hubiesen erigido un fuerte reducto. Así que el soberano se retiró, los hijos jóvenes, seguidos por las numerosas tribus que les acompañaban, descansaron, largamente, deslumbrados con la belleza de las llanuras bañadas de sol. Cuando se levantaron para la tarea, entraron en extensas conversaciones, con respecto a las leyes de solidaridad, justicia y defensa, cada cual exigiendo especiales deferencias de los otros. Casi nadie cuidaba de la aplicación de los reglamentos establecidos por el gobierno central. Los príncipes y sus afectos, en la mayoría por cuestiones de confort personal, se esmeraban en buscar recursos sutiles con que pudiesen encubrir, sin escándalos visibles entre sí, los principios a los que habían jurado obediencia y respeto. E intentando engañar al Magnánimo Padre, por medio de la adulación, en vez de honrarlo con el trabajo sano, se metieron en complicadas contiendas, en torno a los problemas íntimos del soberano.

Gastaron años seguidos, discutiendo sobre su presentación personal. Insistían algunos que él revelaba en el rostro la blancura del lirio, mientras otros perseveraban en proclamarle el color bronce, idéntica al de muchos cautivos de Sidón. Muchos afirmaban que él poseía un cuerpo de gigante, y no pocos exigían que él fuese un ángel coronado de estrellas.

Al paso que las riñas verbales se multiplicaban, el tiempo se iba agotando y los insectos destructores, infinitamente reproducidos,

invadieron las tierras, aniquilando gran parte de los recursos preciosos. Detritos descendieron de las sierras próximas e hicieron compacto acervo de basura en aquellas regiones, mientras los príncipes insensatos, completamente distraídos de las obligaciones fundamentales que les cabían, se enzarzaban a todo instante, a causa de bagatelas.

Hubo, sin embargo, un hijo bien hábil que anotó los decretos paternos y los cumplió.

Jamás olvidó los consejos del rey y, tanto cuanto le era posible, los extendía a los compañeros más próximos. Utilizó gran número de horas que las leyes vigentes le concedían para el reposo y construyó sólido abrigo que le garantizaría la tranquilidad en el porvenir, sembrando belleza y alegría en toda la hacienda que el padre le cediera en préstamo.

Y así, cuando la tormenta surgió, renovadora y violenta, el príncipe sensato que amara al monarca y lo sirviera, con desvelo y cariño, extendiéndole las lecciones libertadoras, por la fraternidad pura, y cumpliendo su voluntad justa y bondadosa, por el trabajo de cada día, con las aflicciones constructivas del alma y con el sudor del rostro, fue naturalmente amparado en un santuario de paz y seguridad que sus hermanos discutidores no encontraron.

Dulce silencio se hizo en la sala sencilla...

Transcurridos algunos minutos, el Maestro fijó los ojos lúcidos en la pequeña asamblea y concluyó:

— Quien mucho analiza, sin espíritu de servicio, puede viciarse fácilmente en los abusos de la palabra, pero nadie se arrepentirá de haber enseñado el bien y trabajado con las propias fuerzas en nombre del Padre Celestial, en el bendito camino de la vida.

El mensajero del amor

Se hablaba en la reunión, con respeto a la preponderancia de los sabios en la Tierra, cuando Jesús tomó la palabra y contó, sereno y simple:

— Hace muchos años, cuando el mundo peligraba en calamitosa crisis de ignorancia y perversidad, el Poderoso Padre le envió un mensajero de la ciencia, con la misión de entregarle un glorioso mensaje de vida eterna. Tomando forma, en los círculos de la carne, el esclarecido obrero se hizo profesor y, sumamente interesado en letras, se apasionó exclusivamente por las obras de la inteligencia, alejándose, asqueado, de la multitud inconsciente y declarando que vivía en una vanguardia luminosa, inaccesible a la comprensión de las personas comunes. Observándolo incapaz de atender a los compromisos asumidos, el Señor Compasivo providenció el viaje de otro portador de la ciencia que, transcurrido algún tiempo, se transformó en médico admirado. El nuevo emisario de la Providencia se refugió en una sala de hierbas y brebajes, interesándose tan sólo por el contacto con enfermos importantes, habilitados a la concesión de grandes recompensas, afirmando que la plebe era demasiado mezquina para cautivarle la atención. El Todo Bondadoso determinó, entonces, la venida de otro emisario de la ciencia, que se convirtió en un célebre guerrero. Usó la espada del cálculo con maestría, se puso al lado de hombres astuciosos y vengativos y, alejándose de los humildes y de los pobres, afirmaba que la única finalidad del pueblo era la de destacar la gloria de los dominadores sanguinolentos. Entristecido con tantos fracasos, el Señor Supremo expidió a otro misionero de la ciencia, que, pronto, se hizo primoroso artista. Se aisló en los salones ricos y hartos, componiendo música que embriagaba de placer el corazón de los hombres provisionalmente felices y afianzó que el populacho no le seducía la sensibilidad, que él mismo creía excesivamente avanzada para su tiempo.

Fue, entonces, que el Excelso Padre, preocupado con tantas negaciones, ordenó la venida de un mensajero de amor a los hombres.

Ése otro enviado divisó todos los cuadros de la Tierra, con inmensa piedad. Se compadeció del profesor, del médico, del guerrero y del artista, tanto cuanto se conmovió ante la desventura y el salvajismo de la multitud y, decidido a trabajar en nombre de Dios, se transformó en el siervo diligente de todos. Pasó a actuar en beneficio general e, identificado con el pueblo al que viniera a servir, sabía disculpar infinitamente y repetir

mil veces el mismo esfuerzo o la misma lección. Si era humillado o perseguido, procuraba comprender en la ofensa un desafío benéfico a su capacidad de desdoblarse en la acción regeneradora, para manifestar reconocimiento a la confianza del Padre que lo enviara. Por amar sin reservas sus hermanos de lucha, en muchas situaciones fue compelido a orar y pedir socorro del Cielo, delante de las garras de la calumnia y del sarcasmo; no obstante, entendía, en las más bajas manifestaciones de la naturaleza humana, sobrados motivos para consagrarse, con más calor, al mejoramiento de los compañeros animalizados, que aún desconocían la grandeza y a sublimidad del Padre Benevolente que les diera el ser.

Fue así, haciéndose el último de todos, que consiguió encender la luz de la fe renovadora y de la bondad pura en el corazón de las criaturas terrestres, elevándolas al más alto nivel, con plena victoria en la divina misión de la que fuera investido.

Hubo ligera pausa en la palabra dulce del Mesías y, ante la quietud que se hiciera espontánea en el ruidoso ambiente de minutos antes, concluyó él, con expresivo acento en la voz:

— Cultura y santificación representan fuerzas inseparables de la gloria espiritual. La sabiduría y el amor son las dos alas de los ángeles que alcanzaron el Trono Divino, pero, en todas partes, quien ama sigue al frente de aquél que simplemente sabe.

El juez reformado

Como el Señor había recomendado en las instrucciones del día mucha cautela en juzgar, la conversación en casa de Pedro se desarrollaba alrededor del mismo tema.

— Es difícil no criticar — comentaba Mateo, con lealtad —, porque, a todo instante, el hombre de educación mediana es compelido a emitir pareceres en la actividad común.

— Sí — concordaba Andrés, muy franco —, no es fácil actuar con acierto, sin analizar detenidamente.

Después de varias declaraciones, en torno al derecho de observar y corregir, interfirió Jesús sin afectación:

— Innegablemente, hombre alguno podrá cumplir el mandato que le cabe, en el plano divino de la vida, sin vigilarse en el camino en que se mueve, bajo los principios de la rectitud. Pero, es necesario no inclinar al espíritu a los desvaríos del sentimiento, para que no seamos víctimas de nosotros mismos. Seremos juzgados por la medida que le apliquemos a los otros. El rigor responde al rigor, la paciencia a la paciencia, la bondad a la bondad...

Y, transcurridos algunos instantes, contó:

— Cuando Israel vivía bajo el gobierno de los grandes jueces, existió un magistrado austero y violento, en destacada ciudad del pueblo escogido, que imprimió el terror y la crueldad en todos los servidores bajo su orientación. Abusando de los poderes que la ley le confería, creó normas tiránicas para el castigo por las mínimas faltas. Multiplicó infinitamente el número de los soldados, edificó muchas cárceles e inventó variados instrumentos de flagelación.

El pueblo, asfixiado por extrañas prohibiciones, debía moverse debajo de severa fiscalización, como si fuera un rebaño de animales bravíos. Trabajaría, descansaría y adoraría al Señor, en horas rigurosamente determinadas por la autoridad, bajo pena de sufrir humillantes castigos en las prisiones, con pesadas multas de toda especie.

Si bien mandaba el juez, mejor lo hacían los subordinados, llenos de natural maldad.

Así fue que en cierta ocasión, al dirigirse el magistrado, a altas horas de la noche, a casa de un hijo enfermo, fue aprisionado, sin ninguna consideración, por un grupo de guardias borrachos e inconscientes que lo

llevaron a una oscura mazmorra que él mismo había inaugurado, semanas antes. De nada le valieron la presentación del nombre y de las honrosas insignias de que se revestía. Tomado por temible ladrón, fue maniatado, despojado de los bienes que traía y golpeado sin piedad, afirmando los centinelas que así procedían, obedeciendo las instrucciones del gran juez, que era él mismo.

Solamente al día siguiente fue deshecho el equívoco, cuando el infeliz hombre público ya había sufrido la aplicación de las penas, que su autoridad estableciera para los otros.

El legislador atormentado reconoció, entonces, que era peligroso transmitir el poder a subalternos brutalizados e ignorantes, percibiendo que la justicia constructiva y santificante es aquella que rectifica ayudando y educando, en la preparación del Reinado del Amor entre los hombres.

Desde el acontecimiento singular, la ciudad adquirió otro modo de ser, porque el juez reformado, aunque prosiguiese atento a las funciones que le competían, irguió, sobre el tribunal, en beneficio de todos, el corazón de padre comprensivo y amoroso.

Allá afuera, brillaban estrellas que se reflejaban en las aguas serenas del gran lago. Después de larga pausa, el Maestro concluyó:

— Solamente aquél que aprendió intensamente con la vida, estudiando y sirviendo, sudando y llorando para sostener el bien, entre las espinas de la renuncia y las flores del amor, estará habilitado a ejercer la justicia, en nombre del Padre.

El Santo desilusionado

La exposición giraba, en el hogar humilde en Cafarnaúm, en torno a asuntos alusivos a la devoción, cuando el Maestro narró con significativo tono de voz:

— Un venerado devoto se retiró, en definitivo, para una gruta alejada, en plena floresta, a pretexto de servir a Dios. Allí vivía, entre oraciones y pensamientos que juzgaba irreprehensibles, y el pueblo, creyendo que se trataba de un santo mesías, pasó a reverenciarlo con intraducible respeto. Si alguien pretendía efectuar cualquier negocio del mundo, se daba prisa en buscarle el parecer. Fascinado por la consideración ajena, el creyente, estancado en la adoración sin trabajo, suponía que debía situar a toda la gente en su modo de ser, con la respetable disculpa de conquistar el paraíso.

Si un hombre activo y de buena fe le traía a la apreciación algún plan de servicio comercial, ponderaba, escandalizado:

— Es un error. Apague la sed de lucro que le hierve en las venas. Esto es ambición criminosa. Venga a orar y olvidar la codicia.

Si ése o aquel joven le rogaba opinión sobre el casamiento, clamaba, afligido:

— Es un disparate. La carne está sometiendo su espíritu. Esto es lujuria. Venga a orar y consumir el pecado.

Cuando un u otro compañero le imploraba consejo sobre algún elevado cargo, en la administración pública, exclamaba, compungido:

— Es un desastre. Se aleje de la pasión por el poder. Esto es vanidad y orgullo. Venga a orar y vencer los malos pensamientos.

Si surgía alguna persona de buenos propósitos, solicitándole la opinión sobre alguna fiesta de fraternidad en proyecto, objetaba, con irritación:

— Es una calamidad. El júbilo del pueblo es libertinaje. Huya del desorden. Venga a orar para sustraerse a la tentación.

Y así, cada uno que lo había consultado, en vista de la inmensa autoridad que el Santo disfrutaba, se entristecía de manera irremediable y pasaba a compartirle los ocios en la soledad, en absoluta parálisis del alma.

Pero el tiempo que todo transforma, trajo al perezoso adorador la muerte del cuerpo físico.

Todos sus seguidores lo juzgaron arrebatado para el Cielo y él mismo creyó que, del sepulcro, seguiría directo al paraíso. Con inigualable asombro, sin embargo, fue conducido por fuerzas de las tinieblas a un terrible purgatorio de asesinos. En llanto desesperado indagó, a la vista de semejante e inesperada aflicción, de los motivos que le habían situado el espíritu en tan pavoroso e infernal torbellino, siendo esclarecido que, si no había sido homicida vulgar en la Tierra, era identificado allí como matador del coraje y de la esperanza en cientos de hermanos en humanidad.

Silenció Jesús, pero Juan, muy admirado, consideró:

—Maestro, ¡jamás podría suponer que la devoción excesiva condujese alguien al infortunio tan grande!

El Cristo, sin embargo, contestó, imperturbable:

— Plantemos la creencia y la confianza entre los hombres, comprendiendo, sin embargo, que cada criatura tiene el camino que le es propio. La fe sin obras es una lámpara apagada. Nunca nos olvidemos de que el acto de desanimar a los otros, en las santas aventuras del bien, es uno de los mayores pecados delante del Poderoso y Compasivo Señor.

Los descubridores del hombre

Concluida la lectura de algunos pasajes de la historia de Job, la conversación en la residencia de Simón versó acerca de la fidelidad del alma al Padre Todo Bondadoso.

Delante de la vibración de alegría en todos los semblantes, Jesús contó, bien humorado:

— Apareció en la vieja ciudad de Nínive un hombre tan profundamente consagrado a Dios que todos sus contemporáneos, por eso, le rendían especial alabanza. Tan francas eran las alabanzas a su conducta que las informaciones ascendieron al Trono del Eterno. Y, porque varios Arcángeles pidiesen al Todopoderoso su transferencia para el Cielo, determinó la Divina Sabiduría que fuese buscado, en la selva de la carne, a fin de verificarse, con exactitud, se estaba efectivamente preparado para la sublime investidura.

Para eso, los Ángeles Educadores, al servicio del Altísimo, enviaron a la Tierra cuatro rudos descubridores de hombres santificados — y la Necesidad, el Dinero, el Poder y la Cólera bajaron, cada cual a su tiempo, para efectuar las pruebas indispensables.

La necesidad que, en esos casos, siempre surge en primer lugar, se aproximó al gran creyente y se hizo sentir, de varios modos, dándole privaciones, obstáculos, enfermedades y abandono de entes amados; sin embargo, el devoto, fuerte en la confianza, comprendió en la mensajera una obrera celeste y la venció, revelándose cada vez más firme en las virtudes de que se volviera modelo.

Llegó, entonces, la vez del Dinero. Se acercó al hombre y le confirió mesa espléndida, recursos inmensos y consideraciones sociales de toda clase; pero el precavido aprendiz se acordó de la caridad y, alejándose de las insinuaciones de los placeres fáciles, distribuyó monedas y haberes en multiplicadas obras del bien, conquistando el equilibrio financiero y la veneración general.

Victorioso en la segunda prueba, vino el Poder, que lo invistió de extensa y brillante autoridad.

El devoto, sin embargo, recordó que la vida, con todas las honrarías y dones, es simple préstamo de la Providencia Celestial y usó el Poder con blandura, educando a cuántos lo rodeaban, por medio de la instrucción y del trabajo bien orientados, recibiendo, a cambio, la

obediencia y la admiración del pueblo entre el cual naciera.

Triunfante y feliz, el creyente fue visitado, en fin, por la Cólera. De manera a sondearle la posición espiritual, la instructora invisible se valió de un siervo flaco e ignorante y le tocó el amor propio, hablando, con manifiesta desconsideración, en asunto privado que, aunque, a decir verdad, constituía una falta de respeto para cualquiera uno de su estatura social e indiscutible dignidad.

El devoto no resistió. Intensa ola sanguínea le surgió en el rostro congestionado y se deshizo en palabras contundentes, hiriendo a familiares y servidores y perjudicando las propias obras. Solamente después de muchos días, consiguió restaurar la tranquilidad, cuando, sin embargo, la Cólera ya le había desnudado el íntimo, revelándole el imperativo de mayor perfeccionamiento y notificando al Señor que aquel hijo, matriculado en la escuela de iluminación, aún requería mucho tiempo, en la experiencia purificadora, para situarse en las vibraciones gloriosas de la vida superior.

Curiosidad general traslucía del semblante de todos los presentes, que no osaron traer a la discusión cualquier nueva ponderación. Estampando en el rostro serena sonrisa, el Cristo terminó: (1abab)

— Cuando el hombre recibe todas las informaciones que necesita para elevarse al Cielo, determina el Padre Amoroso que sea buscado por las potencias educadoras. La mayoría de los creyentes pierden la buena posición, que aparentemente disfrutaban, en los ejercicios de la Necesidad que les examina la resistencia moral; muchos vuelven corrompidos por las sugerencias del Dinero que les observa el desprendimiento de los objetivos inferiores y la capacidad de actuar en la sementera del bien; algunos caen, desastrosamente, por las insinuaciones del Poder que les prueba la capacidad para educar y salvar a compañeros de la jornada humana, y rarísimos son aquéllos que vencen la visita inesperada de la Cólera, que viene al círculo del hombre a observarle la disminución del amor propio, sin la cual el espíritu no refleja el brillo y la grandeza del Creador, en los campos de la vida eterna.

El Maestro se calló, sonrió compasivamente, de nuevo, y, como nadie retomase la palabra, la reunión de la noche fue encerrada.

El revolucionario sincero

En el curso de las aclaraciones domésticas, Judas conversaba, entusiástico, sobre las anomalías de gobernar el pueblo, y, exaltado, decía de las probabilidades de una revolución en Jerusalén, cuando el Señor comentó, muy calmo:

— Un rey antiguo era considerado cruel por el pueblo de su patria, a tal punto que el principal de los profetas del reino fue invitado a comandar una rebelión de grande alcance, para que lo arrancase del Trono.

El profeta no creyó, al inicio, en las denuncias populares, pero la multitud insistía. “El rey era duro de corazón, era mal señor, perseguía, usurpaba y azotaba a los vasallos en todas las direcciones” — se clamaba desabridamente.

Fue así que el conductor de buena fe se inflamó, igualmente, y aceptó la idea de una revolución como único remedio natural y, por eso, la articuló en silencio, con algunos centenares de compañeros decididos y corajudos. En la víspera del acometimiento, sin embargo, como poseía segura confianza en Dios, subió a la cumbre de un monte y rogó la asistencia divina con tanto fervor que un Ángel de las Alturas le fue enviado para una conversación de espíritu a espíritu.

Delante del emisario sublime, el profeta acusó al soberano, aseverando cuanto sabía de oídas y suplicando la aprobación celeste al plan de la revuelta renovadora.

El mensajero constató su sinceridad, lo escuchó con paciencia y aclaró: — “En nombre del Supremo Señor, el proyecto será aprobado, con una condición. Convivirás con el rey, durante cien días consecutivos, en su propio palacio, en la condición de siervo humilde y fiel, y, terminado ese tiempo, si tu conciencia perseverare en el mismo propósito, entonces le destruirás el trono, con nuestro apoyo.”

El jefe honesto aceptó la propuesta y cumplió la determinación.

Simple y sincero, se dirigió a la casa real, donde siempre había acceso a los trabajos de limpieza y se situó en la función de apagado servidor; sin embargo, tan pronto se colocó al servicio del monarca, reparó que él nunca disponía de tiempo para las menores obligaciones alusivas al gusto de vivir. Se levantaba rodeado de consejeros y ministros impertinentes, era atormentado por centenares de reclamaciones de hora en hora. En su calidad de padre, era privado de la ternura de los hijos; en la

condición de esposo, vivía distante de la compañera. Además, era obligado frecuentemente a perder el equilibrio de la salud física, en vista de banquetes y ceremonias, excesivamente repetidos, en los cuales era compelido a oír toda suerte de mentiras de la boca de súbditos aduladores e ingratos. Nunca dormía ni se alimentaba en horas ciertas y, donde estuviese, era constreñido a vigilar las propias palabras, siendo vedada a su espíritu cualquier expresión más demorada de vida que no fuese el artificio a sofocarle el corazón.

El orientador de la masa popular reconoció que el imperante más se asemejaba a un esclavo, duramente condenado a servir sin reposo, en plena soledad espiritual, ya que el rey no gozaba ni de la facilidad de cultivar la comunión con Dios, a través de la plegaria común.

Terminado el plazo establecido, el profeta, radicalmente transformado, regresó al monte para atender al compromiso asumido, y, notando que el Ángel le aparecía, durante las oraciones, le imploró misericordia para el rey, de quien se compadecía ahora sinceramente. En seguida, congregó al pueblo y notificó a todos los compañeros de ideal que el soberano era, quizá, el hombre más torturado en todo el reino y que, en vez de la ansiada insumisión, les competía, a cada uno, mayor entendimiento y más trabajo constructivo, en el lugar que les era propio dentro del país, a fin de que el monarca, de sí mismo tan esclavizado y tan desdichado, pudiese cumplir sin desastres la elevada misión de que fuera investido.

Y, así, la rebeldía se convirtió en comprensión y servicio.

Judas, decepcionado, parecía ensayar alguna ponderación irreverente, pero el Maestro Divino se le anticipó, hablando, incisivo:

— La revolución es siempre el engaño trágico de aquéllos que desean arrebatarse a otro el cetro del gobierno. Cuando cada servidor entiende el deber que le cabe en el plan de la vida, no hay disposición para la indisciplina, ni tiempo para la insumisión.

La corona y las alas

Se comentaba, en la reunión, las glorias del saber, cuando el Cristo, para ilustrar la conversación, contó, con simplicidad:

— Un hombre amante de la verdad, informándose de que el perfeccionamiento intelectual conduce a la divina sabiduría, se lanzó a la subida de la montaña de la ciencia, empeñando todas las fuerzas que poseía en el decisivo emprendimiento. El sendero era sombrío cual oscuro laberinto; sin embargo, el esforzado batallador, olvidando dificultades y peligros, avanzaba siempre, cambiando de vestuario para mejor acomodarse a las exigencias de la marcha. De tiempos en tiempos, lanzaba a la margen de la carretera una túnica que se hiciera estrecha o una alpargata que se le figuraba inservible, buscando indumentaria nueva, hasta que, un día, después de muchos años, alcanzó la deseada culminación, donde un representante de Dios le surgió al encuentro.

El emisario lo saludó, lo abrazó y le revistió la frente con deslumbrante corona de luz. Pero, cuando el vencedor del conocimiento quiso proseguir adelante, en la dirección al Paraíso, le recomendó el mensajero que volviese atrás sobre sus pasos, para ver la senda recorrida y que, de su actitud en la revisión del camino, dependería la concesión de alas con las que le sería posible volar al encuentro del Padre Eterno.

El interesado regresó, pero, ahora, auxiliado por la fulgurante aureola con la que fuera investido, podía contemplar todos los ángulos de la senda, antes inextricable a su mirada.

No contuvo la risa, delante de los extraños ropajes que los viajeros de la retaguardia vestían.

Aquí, notaba una túnica rota; más allá, una sandalia extravagante. Innumerables peregrinos se apoyaban en bordones quebradizos, mientras otros se amparaban en míseras capas; no obstante, cada cual, con impertinencia infantil, marchaba señor de sí mismo, como si vistiera la ropa más valiosa del mundo.

El vencedor de la ciencia no aguantó las impresiones que el cuadro le causaba y se abrió en frases de burla, reprobando acremente la ignorancia de cuántos seguían con ropas ridículas o inadecuadas. Gritó, condenó e hizo chacotas contundentes. Se dirigió a la comunidad de los viajeros con tanta ironía que muchos renunciaron a la subida, regresando a la inercia de la vasta planicie.

Después de maldecir a todos, indistintamente, volvió el héroe coronado a la cumbre del monte, en la expectativa de partir sin demora al encuentro del Padre, pero el Ángel, muy triste, le explicó que el ropaje de los otros, que le provocara tanto sarcasmo inútil, era aquel mismo que él se sirviera para elevarse, en el tiempo que era débil y medio ciego, y que las alas de luz, con que debería elevarse al Trono Divino, solamente le serían dadas, cuando edificase el amor en el íntimo del corazón. Le faltaban piedad y entendimiento; que él volviese demoradamente al camino y auxiliase a sus semejantes, sin lo que jamás conseguiría equilibrarse en el Cielo.

Se siguieron algunos minutos de silencio impenetrable...

El Maestro, imprimiendo aún significativo énfasis a las palabras, terminó:

— Hay muchas almas, en la Tierra, ostentando la luminosa corona de la ciencia, pero de corazón adormecido en la impiedad, destacándose en el sarcasmo pueril y en la censura indebida. Envenenadas por la incomprensión, exigentes y crueles, fulminan a los compañeros más cortos de entendimiento o de cultura, en vez de extenderles las manos fraternales, reconociendo que también ya fueron así, vacilantes e imperfectos... No obstante, mientras no se decidan a ayudar al hermano menos esclarecido y menos afortunado, acogiéndolo en el propio espíritu, con sinceridad y dedicación, no recibirán las alas con que les será lícito partir en la dirección al Cielo.

El ministro sabio

Mateo discurría, solemne, sobre la misión de los que dirigen la masa popular, especificando deberes de los administradores y dificultades de los siervos.

La conversación avanzaba en la noche, cuando Jesús, notando que los aprendices le esperaban la palabra amiga, narró, sonriente:

— Existía un reino, en cuya interior apareció un gran partido de adversarios del soberano que lo gobernaba. Poco a poco, el espíritu de rebeldía creció en ciertas familias revoltosas y, en breves semanas, toda una provincia en desesperación se irguió contra el monarca, atrancándole las acciones.

Naturalmente preocupado, el rey convidó un hábil juez para los encargos de primer ministro del país, deseoso de acabar con la discordia; pero el juez empezó a crear una cantidad enorme de leyes y documentos escritos, que no llegaron a producir la mínima alteración.

Desengañado, el imperante lo sustituyó por un adoctrinador famoso. El tribuno, sin embargo, conducido a la elevada posición, se deshizo en discursos vehementes y preciosos que no modificaron la perturbación reinante.

Continuaban los enemigos internos minando el prestigio nacional, cuando el soberano pidió el socorro de un sacerdote que, situado en tan noble puesto, maldijo, de inmediato, los elementos contrarios al rey, empeorando el problema.

Desencantado, el monarca trajo un médico a la dirección de los negocios generales, pero tan pronto se vio en el palacio, compartiendo las honras públicas, el nuevo ministro afirmó, para conquistar el favor del rey, que el partido de los adversarios de la Corona se constituía de enfermos mentales, e hizo de eso una propaganda tan ruinosa que la indisciplina se volvió más audaz y la revuelta más desesperada.

Presintiendo que el trono estaba en peligro, el soberano sustituyó al médico por un célebre general, que tomó providencia drástica, reclutando fuerzas armadas en las regiones fieles y movilizándolas contra los hermanos insubordinados. Se estableció la guerra civil. Y cuando la muerte empezó a segar innumerables vidas, incluso la del temido combatiente militar que se convirtiera en primer ministro del reino, el imperante, de alma angustiada, convidó un sabio a ocupar el puesto entonces vacío. Ése

llegó a la administración, meditó algún tiempo y dio inicio a las nuevas actividades.

No creó nuevas leyes, no pronunció discursos, no censuró a los insurrectos, no perdió tiempo en chacota y ni estimuló cualquier cultura de venganza.

Se dirigió en persona a la región conflagrada, a fin de observar sus necesidades.

Reparó, ahí, la existencia de innumerables criaturas sin techo, sin trabajo y sin instrucción, y erigió casas, creó oficinas, abrió carreteras e improvisó escuelas, incentivando el servicio y la educación, luchando, con valioso espíritu de entendimiento y fraternidad, contra la pereza y la ignorancia.

No transcurrió mucho tiempo y todas las discordias del reino desaparecieron, porque la acción concreta del bien eliminó toda la desconfianza, toda la dureza e indecisión de los espíritus enfermizos e inconformes.

Mateo contemplaba al Señor extasiado, deleitándose con las ideas de bondad salvadora que enunciara, y Jesús, respondiéndole la atención con luminosa sonrisa, añadió para finalizar:

— El odio puede atizar muchos incendios de discordia, en el mundo, pero ninguna teoría de salvación será realmente valiosa sin el justo beneficio a los espíritus que la maldad o la rebelión desequilibraron. Para que el bien pueda reinar entre los hombres, ha de ser una realidad positiva en el campo del mal, tanto cuanto la luz va a surgir, pura y viva, a fin de expulsar las tinieblas.

El auxilio mutuo

Delante de los compañeros, Andrés leyó un expresivo trecho de Isaías y habló, conmovido, en cuanto a las necesidades de salvación.

Comentó Mateo los aspectos menos agradables del trabajo y Felipe opinó que es siempre muy difícil atender a la propia situación, cuando nos consagramos al socorro de los otros.

Jesús oía a los apóstoles en silencio y, cuando las discusiones, alrededor, disminuyeron, comentó, muy simple:

— En una zona montañosa, a través de una región desierta, caminaban dos viejos amigos, ambos enfermos, cada cual defendiéndose, cuanto posible, contra los golpes del aire helado, cuando fueron sorprendidos por un niño semimuerto, en la senda, a merced del ventarrón del invierno.

Uno de ellos fijó el singular hallazgo y clamó, irritado: — “No perderé tiempo. La hora exige cuidados para conmigo mismo. Sigamos adelante”.

El otro, sin embargo, más piadoso, consideró:

— “Amigo, salvemos al chiquito. Es nuestro hermano en humanidad”.

— “No puedo — dijo el compañero, endurecido —, me siento cansado y enfermo. Este desconocido sería un peso insoportable. Tenemos frío y tempestad. Precisamos llegar a la aldea más próxima sin pérdida de minutos”.

Y siguió adelante en largos pasos.

El viajero de buen sentimiento, sin embargo, se inclinó para el niño extendido, se demoró algunos minutos arrimándolo paternalmente al propio pecho y, apretándolo aún más, marchó adelante, aunque menos rápido.

La lluvia helada cayó, metódica, durante la noche, pero él, sosteniendo el valioso fardo, después de mucho tiempo alcanzó la hospedería del pueblo que buscaba. Con enorme sorpresa, sin embargo, no encontró ahí al colega que lo precediera. Solamente al otro día, después de minuciosa búsqueda, fue encontrado el infeliz viajero sin vida, en un rincón del camino inundado.

Siguiendo de prisa y a solas, con la idea egoísta de preservarse, no resistió a la ola de frío que se hiciera violenta y tumbó encharcado, sin

recursos con que pudiese hacer frente al congelamiento, mientras que su compañero, recibiendo, en cambio, el suave calor del niño que sostenía junto a su propio corazón, superó los obstáculos de la noche frígida, librándose indemne de semejante desastre. Descubriera la sublimidad del auxilio mutuo... Ayudando al niño abandonado, ayudara a sí mismo. Avanzando con sacrificio para ser útil a otro, consiguiera triunfar de los percances de la senda, alcanzando las bendiciones de la salvación recíproca.

La historia sencilla dejara los discípulos sorprendidos y sensibilizados.

Tierna admiración translucía en los ojos húmedos de las mujeres humildes que acompañaban la reunión, mientras que los hombres se miraban recíprocamente, espantados.

Fue entonces que Jesús, después de un corto silencio, concluyó expresivamente:

— Los más elocuentes y exactos testigos de un hombre, delante del Padre Supremo, son sus obras. Aquellos que amparamos constituyen nuestro sustentáculo. El corazón que auxiliamos se convertirá ahora o más tarde en recurso a nuestro favor. Nadie lo dude.

Un hombre solito es simplemente un adorno vivo de la soledad, pero aquel que coopera en beneficio del prójimo es acreedor del auxilio común. Ayudando, seremos ayudados. Dando, recibiremos: ésta es la Ley Divina.

La exaltación de la cortesía

Delante de la multitud de sufridores y desalentados, relacionó el Maestro las bienaventuranzas, destacando, con énfasis, la declaración de que los mansos heredarían la Tierra.

La afirmativa, sin embargo, cayó entre los discípulos de manera menos agradable.

¿Tal afirmación no sería estimular a la ociosidad mental?

Si el Evangelio reclamaba espíritus valerosos en la sementera de las verdades renovadoras, ¿cómo acomodar la promesa con la necesidad de la intrepidez? Si el mal era atrevido y contundente, en todos los climas y posiciones, ¿cómo establecer el triunfo impostergable del bien a través de la incapacidad de reaccionar, aunque pacíficamente?

Con esas interrogaciones imprecisas, se reunió la asamblea familiar en el domicilio de Pedro.

Iniciados los comentarios edificantes de la noche, los discípulos se miraban entre la indagación y la curiosidad.

El Divino Amigo parecía percibir los motivos de la expectación, alrededor, pero esperaba, sereno, que los seguidores si pronunciasen.

Fue entonces que Judas, rompiendo el velo de respeto que aureolaba la presencia del Maestro, inquirió, locuaz:

— Señor, ¿por qué atribuiste a los mansos la posesión final de la Tierra? Los corazones acobardados ¿gozarán de semejante bendición? Los incapaces de testimoniar la fe, en los momentos graves de lucha y sacrificio, ¿serán igualmente bienaventurados?

Jesús no contestó, de inmediato.

Recorrió con la mirada a los circunstantes, como para pedirles la exposición de cualesquiera dudas que les poblasen el alma.

Pedro cobró ánimo y preguntó:

— Sí, Maestro: si un malhechor me visita la casa, ¿no debo recordarle los imperativos del acatamiento recíproco? ¿Debo entregarme sin cualquier amonestación fraternal a sus delictivos caprichos, con el pretexto de conservar la mansedumbre a que te referiste?

El Cristo sonrió, como tantas veces, y enunció, sereno:

— Se engañaron todos, naturalmente. Yo no hice la alabanza de la pereza, que se enmascara de humildad, ni de la cobardía que se viste de cordura para acomodarse mejor a las conveniencias humanas. Las criaturas

que se aficianan a semejantes artificios sufrirán duramente los instrumentos espirituales de que el mundo utiliza para reajustar los caracteres tortuosos e indecisos. Exalté, en realidad, la cortesía del que somos acreedores los unos de los otros. ¡Bienaventurados los hombres de trato ameno que saben usar la energía constructiva entre el gesto de bondad y el verbo de la comprensión! ¡Bienaventurados los hijos del equilibrio y de la gentileza que aprenden a negar el mal, sin herir al hermano ignorante que le solicita sin saber lo que pide! ¡Benditos los que repiten mil veces la misma lección, sin alarde, para que el prójimo les aproveche la influencia en la felicidad justa de todos! ¡Bienaventurados aquellos que saben tratar al rico y al pobre, al sabio y al inculto, al bueno y al malo, con espíritu de servicio y entendimiento, dando a cada uno, de conformidad con sus méritos y necesidades y dejando las señales de mejora, de elevación, bienestar y contentamiento por dónde cruzan! ¡En verdad os digo que a ellos pertenecerá el dominio espiritual de la Tierra, porque todo aquel que acoge a los semejantes, dentro de las normas del amor y del respeto, es señor de los corazones que se perfeccionan en el mundo!

Alivio y alegría desbordaron del ánimo general y, de ojos fijos, ahora, en las aguas inmensas del gran lago, el Señor pidió a Mateo que cerrase el fraterno entendimiento de la noche, pronunciando una plegaria.

La bendición del estímulo

Comentaban los aprendices que la verdad constituye el deber primordial, por encima de todas las obligaciones comunes, cuando Felipe afianzó que, a pretexto de rendir culto a la realidad, nadie debería aniquilar la consolación. Y quizá por reportarse Andrés a la franqueza con que el Maestro atendía a los más variados problemas de la vida, el Señor tomó la palabra y contó, atento:

— Devotado jefe de familia que luchaba con bravura por juntar recursos con que pudiese sostener el barco doméstico, después de disfrutar de largo período de abundancia, se vio pobre y abandonado por los mejores amigos, de una semana para otra, en virtud de un enorme desastre comercial. El infeliz no supo aguantar el golpe que el mundo le diera en el espíritu y murió, después de algunos días, atormentado por innombrables sinsabores.

Entregue a sí misma, al pie de seis hijos jóvenes, la valerosa viuda enjugó el llanto y reunió los vástagos, alrededor de la vieja mesa que les quedaba, y verificó que los muchachos amargados parecían absolutamente vencidos por la tristeza y por el desánimo.

Cercada de tantas lamentaciones y lágrimas, la señora meditó, meditó... y, enseguida, se dirigió al interior de la casa, de dónde volvió abrazando una pequeña caja de madera, cuidadosamente cerrada, y habló a los muchachos con seguridad:

— “Mis hijos, no nos hallamos en tan grande miseria. En este cofre poseemos un valioso tesoro que el celo paternal les dejó. Es una fortuna capaz de hacer nuestra dicha general; sin embargo, los mayores depósitos del mundo desaparecen cuando no se alimentan en las fuentes del trabajo honesto y productivo. En verdad, nuestro ausente, cuando bajó al reposo, nos colocó en deudas pesadas; con todo, ¿no será justo el esfuerzo para rescatarlas con la preservación de nuestro precioso legado? Aprovechemos el tiempo, mejorando la propia suerte y, si concuerdan conmigo, abriremos la caja, más tarde, a menos que las exigencias del pan se hagan insuperables.”

Bella sonrisa de alegría y reconforto apareció en el semblante de todos.

Nadie discordó de la sugerencia materna.

Al día siguiente, los seis jóvenes se lanzaron valientemente al

servicio de la tierra. Valiéndose de grande gleba alquilada, plantaron trigo, con inmenso desvelo, en valeroso trabajo de colaboración y, con tanta dedicación se comportaron que, terminados seis años, los deudas de la familia se hallaban liquidadas, una enorme propiedad rural fuera adquirida y el nombre del padre fue coronado, de nuevo, por el honor justo y por la fortuna próspera.

Cuando ya habían superado de mucho los bienes perdidos por el padre, se reunieron, cierta noche, con la madre, a fin de conocer el legado intacto.

A viejita trajo el cofre, con insuperable cariño, sonrió satisfecha y lo abrió sin mucho esfuerzo. Con asombro de los hijos, sin embargo, encontraron dentro del estuche solamente un viejo pergamino con las bellas palabras de Salomón:

— “El hijo sabio alegra a su padre, pero el hijo insensato es la tristeza de su madre. Los tesoros de la impiedad de nada aprovechan; sin embargo, la justicia nos libra de la muerte en el mal. El Señor no deja con hambre el alma del justo; sin embargo, recusa la hacienda de los impíos. Aquél que trabaja con mano engañosa, empobrece; pero, la mano de los diligentes enriquece para siempre”.

Los muchachos se miraron recíprocamente con júbilo indecible y agradecieron la inolvidable lección que el cariño materno les había dado.

Silenció el Maestro, bajo la expresión de contentamiento y curiosidad de los discípulos y, terminada la ligera pausa, terminó, sentencioso:

— ¿Quién clasificaría de engañadora y mentirosa esa gran mujer? Sea nuestro hablar “sí, sí” y “no, no” en las situaciones graves de la vida, pero nunca despreciemos la bendición del estímulo en las luchas edificantes de cada día. El brote tierno es la promesa del fruto. Con el pretexto de encender la luz de la verdad, que nadie destruya el candil de la esperanza.

La receta de la felicidad

Tadeo, que era uno de los comentaristas más inflamados, en el culto de la Buena Nueva, en casa de Pedro, se entusiasmó en la reunión, relacionando los imperativos de la felicidad humana y clamando contra los dominadores de Roma y contra los rabinos del Sanedrín.

Tocado de evidente revuelta, disertó largamente sobre la discordia y el sufrimiento predominante en el pueblo, situándoles la causa en las deficiencias políticas de la época, y, después que expuso varias consideraciones preciosas, en torno al asunto, Jesús le preguntó:

—Tadeo, ¿cómo interpretas la felicidad?

— Señor, la felicidad es la paz de todos.

El Cristo estampó significativa expresión fisonómica y ponderó:

— Sí, Tadeo, esto no lo desconozco; no obstante, estimaría saber como te sentirías realmente feliz.

El discípulo, con cierta timidez, enunció:

— Maestro, supongo que alcanzaría la suprema tranquilidad si pudiese alcanzar la comprensión de los otros. Deseo, para ese fin, que el prójimo no desprecie mis intenciones nobles y puras. Sé que yerro, muchas veces, porque soy humano; sin embargo, me quedaría contento si aquéllos que conviven conmigo me reconociesen el sincero propósito de acertar.

Respiraría bendito júbilo si pudiese confiar en mis semejantes, recibiendo de ellos la justa consideración a la que me sienta acreedor, en faz de la elevación de mi ideal.

Suspiro por el respeto de todos, para que yo pueda trabajar sin impedimentos.

Me regocijaría si la maledicencia me olvidase.

Vivo en expectativa de la cordialidad ajena y juzgo que el mundo sería un paraíso si las personas de la senda común si tratasen de acuerdo con mi anhelo honesto de ser acatado por los demás. La indiferencia y la calumnia me duelen en el corazón.

Creo que el sarcasmo y la sospecha fueron organizados por los Espíritus de las tinieblas, para el tormento de las criaturas.

La impiedad es como hiel cuando dirigida contra mí, la maldad es un fantasma de dolor cuando viene a mi encuentro. En razón de todo eso, me sentiría venturoso si mis parientes, allegados y coterráneos me buscasen, no por lo que aparento ser en las imperfecciones del cuerpo, sino

por el contenido de buena voluntad que presumo conservar en mi alma.

Por encima de todo, Señor, estaría sumamente satisfecho si cuántos peregrinan conmigo me concediesen el derecho de experimentar libremente mi género de felicidad personal, desde que me sienta aprobado por el código del bien, en el campo de mi conciencia, sin ironías y críticas absurdas.

Resumiendo, Maestro, yo hubiera querido ser comprendido, respetado y estimado por todos, aunque no sea, aún, el modelo de perfección que el Cielo espera de mí, con el bendito concurso del dolor y del tiempo.

El apóstol se calló y se esbozó, en la sala sencilla, incontenible movimiento de curiosidad ante la opinión que el Cristo adoptaría.

Algunos de los compañeros esperaban que el Amigo Celeste usase el verbo en extensa disertación, pero el Maestro fijó los ojos muy límpidos en el discípulo y habló con franqueza y dulzura:

— Entonces, Tadeo, si buscas la alegría y la felicidad del mundo entero, proceda con los otros, como deseas que los otros procedan contigo. Y caminando cada hombre con esa misma norma, en breve extenderemos en la Tierra las glorias del paraíso.

La caridad desconocida

La conversación en casa de Pedro versaba, esa noche, sobre la práctica del bien, con la viva colaboración verbal de todos.

¿Cómo expresar la compasión, sin dinero? ¿Por qué medios incentivar la beneficencia, sin recursos monetarios?

Con esas interrogantes, grandes nombres de la fortuna material eran invocados y la mayoría se inclinaba a admitir que solamente los poderosos de la Tierra se encontraban a la altura de estimular la piedad activa, cuando el Maestro interfirió, opinando, bondadoso:

— Un sincero devoto de la Ley fue exhortado por determinaciones del Cielo al ejercicio de la beneficencia; sin embargo, vivía en pobreza absoluta y no podía, de modo alguno, retirar la mínima parcela de su salario para el socorro a los semejantes. En verdad, daba de sí mismo, cuanto le era posible, en buenas palabras y gestos personales de aliento y estímulo a cuántos se hallaban en sufrimiento y dificultad; sin embargo, le hería el corazón por la imposibilidad de distribuir ropa y pan a los andrajosos y hambrientos a la margen de su camino.

Rodeado de hijos pequeños, era esclavo del hogar que le absorbía el sudor.

Reconoció, sin embargo, que, si le era vedado el esfuerzo en la caridad pública, podía perfectamente guerrear el mal, en todas las circunstancias de su marcha por la Tierra.

Así es que pasó a extinguir, con incesante atención, todos los pensamientos inferiores que le eran sugeridos; cuando estaba en contacto con personas interesadas en la maledicencia, se retraía, cortés, y, cuando contestaba a alguna interpelación directa, recordaba esa o aquella pequeña virtud de la víctima ausente; si alguien, delante de él, daba alimento fácil para la cólera, consideraba la ira como una enfermedad digna de tratamiento y se recogía a la quietud; insultos ajenos le golpeaban el espíritu como pedruscos en un barril de miel, ya que, además de no reaccionar, proseguía tratando el ofensor con la fraternidad habitual; la calumnia no encontraba acceso en su alma, ya que toda denuncia torpe se perdía, inútil, en su grande silencio; reparando amenazas sobre la tranquilidad de alguien, intentaba deshacer las nubes de la incomprensión, sin alarde, antes que asumiesen aspecto tempestuoso; si alguna sentencia condenatoria bailaba alrededor del prójimo, movilizaba, espontáneo, todas

las posibilidades a su alcance en la defensa delicada e imperceptible; su celo contra la incursión y la extensión del mal era tan fuertemente minucioso que llegaba a retirar detritos y piedras de la vía pública, para que no ofreciesen peligro a los transeúntes.

Adoptando esas directrices, llegó al término de la jornada humana, incapaz de atender a las sugerencias de la beneficencia que el mundo conoce. Jamás pudiera extender una escudilla de sopa u ofrecer una piel de carnero a los hermanos necesitados.

En esa posición, la muerte lo condujo al tribunal divino, donde el servidor humilde compareció receloso y desalentado. Temía el juicio de las autoridades celestes, cuando, de imprevisto, fue aureolado por brillante diadema, y, porque indagase, en lágrimas, la razón del inesperado premio, se enteró de que la sublime recompensa se refería a su triunfante posición en la guerra contra el mal, en que se hiciera valeroso colaborador.

El Maestro fijó en los aprendices su mirada penetrante y calma y concluyó, en tono amigable:

— Distribuyamos el pan y la cobertura, encendamos luz para combatir la ignorancia e intensifiquemos la fraternidad aniquilando la discordia, pero no nos olvidemos del combate metódico y sereno contra el mal, en esfuerzo diario, convictos de que, en esa batalla santificante, conquistaremos la divina corona de la caridad desconocida.

El rico vigilante

Tiago, el más viejo, en explicación preciosa, habló sobre las ansias de riqueza, tan comunes en todos los mortales, y, terminado el interesante debate doméstico, Jesús comentó sonriente:

— Un hombre con temor a Dios y consagrado la rectitud, leyó muchos consejos alusivos a la prudencia, y decidió trabajar, con ahínco, de modo a juntar un tesoro con que pudiese beneficiar la familia. Después de sentidas oraciones, se metió en varias empresas, aflicto por alcanzar sus fines. Y, por veinte años consecutivos, juntó moneda a moneda, formando el patrimonio de algunos millones.

Cuando paró de actuar, a fin de apreciar su obra, reconoció, con decepción, que todos los cuadros de la propia vida se habían alterado, sin que él mismo percibiese.

El hogar, antes simple y alegre, adquiriera aspecto sombrío. La esposa se hiciera esclava de mil obligaciones destinadas a matar el tiempo; los hijos cuchicheaban entre sí, consultando sobre la herencia que la muerte del padre les reservaría; la amistad fiel desertara; los vecinos, creyéndolo completamente feliz, lo cercaron de envidia e ironía; las autoridades de la localidad en que vivía lo obligaban a múltiples actitudes de artificio, en desacuerdo con la sinceridad de su corazón.

Los negociantes lo visitaban, a cada instante, proponiéndole transacciones criminales o inoportunas; servidores lo adulaban, con declarado fingimiento cuando estaban cerca de sus oídos, para maldecirle el nombre, atrás de puertas entreabiertas. En razón de tantos disturbios, era compelido a transformar la residencia en una fortaleza, protegiéndose contra todo y contra todos.

Le sobraba tiempo, ahora, para registrar las molestias del cuerpo y raramente pasaba algún día sin las irritaciones del estómago o sin dolores de cabeza.

En pocas semanas de meticulosa observación, concluyó que la fortuna encerrada en el cofre era motivo de desilusiones y arrepentimientos sin término.

Cierta noche, porque no tolerase más las preocupaciones pertinaces a su nuevo estado, oró en lágrimas, suplicando la inspiración del Señor. Después de la conmovedora rogativa, fue que un ángel le apareció en la pantalla evanescente del sueño y le dijo, compadecido:

— Toda fortuna que corre, a la manera de las aguas cristalinas de la fuente, es una bendición viva, pero toda riqueza, en reposo inútil, es un pozo venenoso de aguas estancadas... ¿por qué exigiste un río, cuándo el simple vaso de agua te sacia la sed? ¿Cómo te animaste a guardar, alrededor de ti, graneros tan repletos, cuando unos pocos granos de trigo te bastan para la alimentación? ¿Qué motivos te indujeron a acumular centenas de pieles, alrededor del hogar, cuándo algunos fragmentos de lana te calientan el cuerpo, en tránsito para el sepulcro?... ¡Vuelve y convierte tu arca de monedas en cofre milagroso de salvación! ¡Extiende los júbilos del trabajo, crea escuelas para la sementera de la luz espiritual e improvisa la alegría a muchos! ¡El dinero de la Tierra vale solamente por el bien que pueda hacer!

Bajo indecible espanto, el cazador de oro despertó transformado y, del día siguiente en adelante, pasó a libertar sus enormes reservas, para que todos sus vecinos tuviesen, junto con él, las bendiciones del servicio y del buen ánimo...

Desde la primera señal de semejante renovación, la esposa lo miró con extrañeza y indignación, los hijos lo odiaron y sus propios beneficiados lo juzgaron loco; sin embargo, robustecido y feliz, el millonario vigilante volvió a poseer en su domicilio un santuario abierto y los genios de la alegría oculta pasaron a vivir en su corazón.

Silenciando el Maestro, Tiago, que comandaba la exposición de la noche, exclamó, entusiasta:

— ¡Señor, qué enseñanza valiosa y sublime!...

Jesús sonrió y contestó:

— Sí, pero apenas para aquéllos que tengan “oídos para oír” y “ojos para ver”.

El talismán divino

Los familiares entablaron interesante exposición, acerca de las facultades sublimes de que el Maestro daba testimonio amplio, curando locos y ciegos, cuando Isabel, la celosa madre de Juan y Tiago, indagó, sin preámbulos:

— Señor, ¿tendrás contigo algún talismán de cuya virtud podamos disfrutar? ¿Algún objeto mágico qué nos pueda favorecer?

Jesús posó en la matrona los ojos penetrantes y habló, risueño:

— Realmente, conozco un talismán de maravilloso poder. Usando sus milagrosos recursos, es posible iniciar la adquisición de todos los dones de Nuestro Padre. Ofrece la descubierta de los tesoros del amor que resplandecen alrededor de nosotros, sin que les veamos, de pronto, la grandeza. Muestra el entendimiento, donde la desarmonía castiga los corazones. Abre la puerta a las revelaciones del arte y de la ciencia. Extiende posibilidades de luminosa comunión con las fuentes divinas de la vida. Invita a la bendición de la meditación en las cosas sagradas. Reanuda relaciones de compañeros en discordancia. Abre pasajes de luz a los espíritus que se demoran en las sombras. Permite benditas cosechas de alegría. Se reviste de mil oportunidades de paz con todos. Indica vasta red de sendas para el trabajo saludable. Revela mil modos de enriquecer la vida que vivimos. Facilita el acceso del alma al pensamiento de los grandes maestros. Da comunicaciones con los manantiales celestes de la intuición.

— ¿Qué más? — dijo el Señor, imprimiéndole énfasis a la pregunta.

Y después de sonreír, complaciente, continuó:

— Sin ese divino talismán, es imposible comenzar cualquier obra de luz y paz en la Tierra.

La mirada de los oyentes permutaba expresiones de asombro, cuando la esposa de Zebedeo inquirió, sorprendida:

— Maestro, ¿dónde podremos adquirir semejante bendición? Dinos. Necesitamos de ese acumulador de felicidad.

El Cristo, entonces, añadió, de buen humor:

— Ese bendito talismán, Isabel, es propiedad común a todos. Es “la hora que estamos atravesando”... Cada minuto de nuestra alma permanece revestido de prodigioso poder oculto, cuando sabemos usarlo en el Infinito Bien, porque toda grandeza y toda decadencia, toda victoria y

toda ruina son iniciadas con la colaboración del día.

Y delante de la perplejidad de todos, remató:

— El tiempo es el divino talismán que debemos aprovechar.

Los mensajeros distraídos

Los oyentes del culto de la Buena Nueva discurrían sobre las polémicas que se entablaban constantemente en torno a la fe, en los círculos del fariseísmo de varias escuelas, cuando el Cristo, dentro de la profunda sencillez que le caracterizaba, narró, tolerante:

— Un gran señor recibió alarmantes noticias de vasta agrupación de siervos, en zona distante de la sede de su gobierno, que se veían fustigados por fiebre maligna, y, deseoso de socorrer a los tutelados que sufrían en la remota región de sus dominios, les envió mensajeros de confianza, llevando los remedios adecuados a la situación y providencias alusivas al reajuste general.

Los emisarios salieron del palacio con grandes promesas de trabajo, seguridad y eficiencia en la misión; pero, tan pronto se vieron fuera de las puertas del señor, comenzaron a pelear por la elección de los caminos.

Unos insistían en el atajo, otros en la planicie sin espinas y otros, aún, pedían el pasaje a través de los montes.

Muchos días se perdieron en la disputa, hasta que el grupo se separó, cada falange atendiendo a los propios caprichos, con absoluto olvido del objetivo fundamental.

Las dificultades, sin embargo, no fueron solucionadas con decisión. Creadas las diferentes rutas, aumentaron los conflictos. Reducidas ahora, numéricamente, las expediciones sufrieron, con más rigor, los golpes esterilizadores de las opiniones personales. Los viajeros no dejaban de inventar nuevos motivos para la pelea inútil. Entre los que marchaban por la senda más corta, por la vega y por la sierra se producían discusiones improductivas, contundentes e interminables. Días y noches preciosos eran gastos en comentarios ruidosos en cuanto a la fiebre, a la condición de los enfermos o sobre los paisajes en torno. Horas difíciles de amargura y desarmonía, de momento a momento, interrumpían el viaje, siendo a mucho costo evitadas las escenas de pugilato y homicidio.

Surgían las contiendas, a propósito de mínimas cuestiones, con pleno desperdicio de la oportunidad, y, por esa razón, tanto se atrasaron los viajeros del atajo, cuanto los de la planicie y del monte, ya que se encontraron en el valle de la peste al mismo tiempo, con enorme e irremediable decepción para todos, por cuanto, sin el recurso prometido, no

sobró ningún enfermo vivo en la carne.

La muerte los devoró, uno a uno, mientras los mensajeros discutidores mataban el tiempo, durante el viaje.

El Maestro fijó en los aprendices su mirada muy lúcida y adujo:

— En este símbolo, tenemos el mundo atacado por la peste de la maldad y la incredulidad y vemos el retrato de los portadores de la medicación celeste, que son los religiosos de todos los matices, que hablan en la Tierra, en nombre del Padre. Los hombres iluminados por la sabiduría de la fe, sin embargo, a pesar de haber recibido valiosos recursos del Cielo para los que sufren y lloran, a consecuencia de la ignorancia y la aflicción dominantes en el mundo, olvidan las obligaciones que les señalan la vida y, sobreponiendo sus propios caprichos a los propósitos del Supremo Señor, se desmandan en desvaríos verbales de toda especie. Mientras alimentan el disturbio, livianos y distraídos, los necesitados de luz y socorro desfallecen por falta de asistencia y dedicación.

Y acariciando a uno de los niños presentes, como si concentrase todas las esperanzas en el sublime porvenir, finalizó, sonriente y calmo:

— La discusión, por más provechosa que sea, nunca debe distraernos del servicio que el Señor nos dio para hacer.

Las señales de la renovación

Ante la asamblea familiar, el Maestro tomó la palabra y habló, persuasivo:

— Y cuando el Reino Divino esté a las puertas de los hombres, el alma del mundo estará renovada.

El más poderoso no será el más despiadado y, sí, el que más ame.

El vencedor no será aquél que guerree el enemigo exterior hasta a muerte en ríos de sangre, sino el que combata la iniquidad y la ignorancia, dentro de sí mismo, hasta la extinción del mal, en los círculos de la propia naturaleza.

El más elocuente no será el dueño del más bello discurso, pero, sí, el que alía las palabras santificantes a los propios actos, elevando la calidad de la vida, en el lugar donde estuviere.

El más noble no será el poseedor del mayor número de títulos que le confieren la transitoria dominación de propiedades efímeras de la Tierra, pero aquél que acumule, con mayor intensidad, los créditos del amor y de la gratitud en los corazones de las madres y de los niños, de los viejos y de los enfermos, de los hombres leales y honestos, trabajadores y dignos, humildes y generosos.

El más respetable no será el distribuidor de oro y del poder armado y, sí, el de mejor corazón.

El más santo no será el que se aísle en los altares del supremo orgullo espiritual, evitando el contacto de los que padecen, por temer a la degradación y a la inmundicia, sino, aquél que baje de la propia grandeza, extendiendo manos fraternas a los miserables y sufridos, elevándoles el alma lacerada a los planos de la alegría y del entendimiento.

El más puro no será el que huye al intercambio con los malos y criminosos confesos, sino aquél que se bucea en el lodo para salvar a los hermanos decaídos, sin contaminarse.

El más sabio no será el poseedor de más libros y teorías, pero justamente aquél que, aunque sepa poco, procure encender una luz en las sombras que aún envuelven al hermano más próximo...

El Amigo Divino posó los ojos lúcidos en la noche clara que resplandecía, allá afuera, en pleno corazón de la Naturaleza, hizo un largo intervalo y acentuó:

— En esa época sublime, los hombres no se ausentarán del hogar

para combatir a los propios hermanos, por exigencias de conquista o por el odio racial, en tempestades de lágrimas y sangre, pues estarán guerreando las tinieblas de la ignorancia, las llagas de la enfermedad, las angustias del hambre y las torturas morales de todos los matices... Cuando el arado sustituya al coche suntuoso de los triunfadores, en las exhibiciones públicas de grandeza colectiva; cuando el libro edificante ocupe el lugar de la espada en el espíritu del pueblo; cuando la bondad y la sabiduría presidan las competencias de las criaturas para que los buenos sean venerados; cuando el sacrificio personal en provecho de todos constituya el honor legítimo de la individualidad, a fin de que la paz y el amor no se pierdan, dentro de la vida — entonces una Nueva Humanidad estará en la cuna luminosa del Divino Reino...

En ese punto, la palabra dulce y soberana hizo una pequeña pausa y, allá afuera, en la tibieza de la noche suave, las estrellas refulgentes, titilando en el alto, parecían saludar ésa era distante...

La visita de la Verdad

Cierta ocasión, dijo el Maestro que sólo la Verdad hará libre al hombre; y, quizá porque no le pudiese aprehender, de inmediato, la vasta extensión de la afirmativa, le preguntó Pedro, en el culto doméstico:

—Señor, ¿qué es la Verdad?

Jesús exhibió en su rostro una enigmática expresión y contestó:

— La Verdad total es la Luz Divina total; sin embargo, el hombre aún está lejos de soportarle la sublime fulguración.

Reparando, sin embargo, que el pescador continuaba hambriento de nuevos esclarecimientos, el Amigo Celeste meditó algunos minutos y habló:

— En una caverna oscura, donde la claridad nunca llegó, se encontraba cierto devoto, implorando el socorro divino. Se declaraba el más infeliz de los hombres, no obstante, en su ceguera, sentirse el mejor de todos. Reclamaba contra el ambiente fétido en que se encontraba. El aire apestado lo sofocaba — decía él en gritos conmovedores. Pedía una puerta libertadora que lo condujese a convivir con el día claro. Se consideraba robusto, apto, aprovechable. ¿Por qué motivo era conservado allí, en aquel aislamiento doloroso? Lloraba y gritaba, sin ocultar aflicciones y exigencias. ¿Qué razones lo obligaban a vivir en aquella atmósfera insoportable?

Notando Nuestro Padre que aquel hijo formulaba súplicas incesantes, entre la revuelta y la amargura, profundamente compadecido le envió la Fe.

La sublime virtud lo exhortó a confiar en el porvenir y a persistir en la oración.

El infeliz se consoló, de algún modo, pero, en breve tiempo, volvió a lamentarse.

Quería huir del basurero y, como se le aumentaron las lágrimas, el Todopoderoso le mandó la Esperanza.

La emisaria le acarició la frente sudorosa y le habló de la eternidad de la vida, buscando secarle el llanto desesperado. Para eso, le rogó calma, resignación, fortaleza.

El pobre pareció mejorar, pero, transcurridas algunas horas, retomó la lamentación.

No podía respirar — clamaba, con desaliento.

Condolido, determinó el Señor que la Caridad lo buscase.

La nueva mensajera lo acarició y alimentó, dirigiéndole palabras de cariño, como si fuera madre abnegada.

Pero, porque el miserable prosiguiese gritando, revoltoso, el Padre Compasivo le envió la Verdad.

Cuando la portadora del esclarecimiento se hizo sentir en la forma de una gran luz, el infortunado, entonces, se vio tal cual era y se aterrorizó. Su cuerpo era un conjunto monstruoso de llagas pestilentes de la cabeza a los pies y, ahora, percibía, espantado, que él mismo era el autor de la atmósfera intolerable en que vivía. El pobre tembló tambaleante, y, notando que la Verdad serena le abría la puerta de la liberación, se horrorizó de sí mismo; sin coraje de pensar en su propia curación, lejos de encarar a la visitante, frente a frente, para aprender a limpiarse y a purificarse, huyó, despavorido, en busca de otra caverna donde pudiese esconder la propia miseria que sólo entonces reconocía.

El Maestro hizo una larga pausa y terminó:

— Así ocurre con la mayoría de los hombres, delante de la realidad. Se sienten con derecho al recibimiento de todas las bendiciones del Eterno y gritan fuertemente, implorando la ayuda celestial.

Mientras están amparados por la Fe, por la Esperanza o por la Caridad, se consuelan y desconsuelan, creen y no creen, tímidos, irritados y titubeantes; pero, cuando la Verdad brilla delante de ellos, revelándoles la condición en que se encuentran, suelen huir, apresurados, en busca de escondrijos tenebrosos, dentro de los cuales puedan cultivar la ilusión.

El valor del servicio

Felipe, viejo pescador de Cafarnaúm, extasiado con las explicaciones de Jesús sobre un texto de Isaías, pasó a comentar la diferencia entre los justos e injustos, con el propósito de destacar el valor de la santidad en la Tierra.

El Maestro oyó calmamente, y, quizá para prevenir los excesos de opinión, narró, con bondad:

— Cierta fariseo, de vida intachable, alcanzó posición de inmenso respeto público. Pasaba días enteros en el Templo, entre oraciones y ayunos incesantes. Conocía la Ley como ninguno.

Desde Moisés hasta los últimos Profetas, decoró los más importantes textos de la Revelación.

Si pasaba en las calles, era tan grande la estima de que se hiciera acreedor, que los propios niños se inclinaban, reverentes. Se consagrara al Santo dos Santos y hacía vida perfecta entre los pecadores de la época. Se alimentaba frugalmente, vestía túnica sin mancha y se abstenía de hablar con toda persona considerada impura.

Aconteció, sin embargo, que, habiendo gran peste en ciudad próxima de Jerusalén, un Ángel del Señor bajó, servicial, a auxiliar a necesitados y enfermos, en nombre de la Divina Providencia.

Pero, necesitaba de las manos diligentes de un hombre, a través de las cuales pudiese trabajar con prisa, en beneficio de enfermos y sufrientes.

Se acordó de recurrir al santo fariseo, conocido en la Corte Celeste por sus reiterados votos de perfección espiritual, pero el devoto se hallaba tan profundamente abstraído en sus contemplaciones de pureza que no le sobraba el mínimo espacio interior para atender a cualquier pensamiento de socorro a las víctimas de la epidemia.

¿Cómo cooperar con el emisario divino, en ese sector, se evitaba el menor contacto con el mundo vulgar, clasificado, en su mente, como un valle de la inmundicia?

El Ángel insistía en el llamado; con todo, la peste era exigente y no admitía tardanza.

El mensajero se alejó y recurrió a otras personas amantes de la Ley. Ninguna, sin embargo, se juzgaba habilitada para contribuir.

Nadie deseaba arriesgarse.

Instado por las reclamaciones del servicio, el Enviado del Alto

encontró a un antiguo criminal que mantenía el propósito de regenerarse. A través de los hilos invisibles del pensamiento, lo invitó a seguirlo; y el viejo ladrón, sinceramente transformado, no vaciló. Obedeció al dulce llamado y se volcó sin demora, con la espontaneidad de la cooperación vigorosa y legítima, al ministerio del socorro y de la salvación.

Enterró cadáveres insepultos, improvisó medicinas adecuadas a la situación, sembró el buen ánimo, alivió a los afligidos, renovó el coraje de los enfermos, liberó a innumerables niños amenazados por el mal, creó servicios de consuelo y esperanza y, con eso, conquistó sólidas amistades en el Cielo, adelantándose de sorprendente manera, en el camino del Paraíso.

Los presentes oyeron la pequeña historia, entre la admiración y la decepción y, porque nadie interfiriese, el Señor comentó, después de un largo intervalo:

— La virtud es siempre grande y venerable, pero no va a cristalizarse como una joya rara sin provecho. Si el amor cubre la multitud de pecados, el servicio santificante que en él se inspira puede dar a los pecadores convertidos al bien la compañía de los ángeles, antes que los justos ociosos puedan disfrutar de la celeste convivencia.

Y notando que los oyentes se retraían en el gran silencio, el Señor cerró el culto doméstico de la Buena Nueva, a fin de que el reposo trajese a los compañeros multiplicadas bendiciones de paz y meditación, bajo el firmamento salpicado de luz.

El don olvidado

Se centralizó la atención general en torno a curiosa exposición referente a los dones con que el Cielo dota a las almas, en la Tierra, cuando el Señor comentó, paciente:

— Existió un hombre bañado por la gracia del merecimiento, que recibió del Alto el permiso de aproximarse del Ángel Dispensador de los dones divinos que florecen en el mundo.

Ante el Ministro Celeste, el venturoso mortal pidió la bendición de la Juventud.

Recibió la concesión, pero, en breve, reconoció que la juventud podría ser fuerza y belleza, pero también era inexperiencia y fragilidad espiritual, y, ya desinteresado, se volvió al Donante Sublime y le pidió la Riqueza.

Consiguió la abundancia y la gozó por largo tiempo; pero notó que la retención de grandes patrimonios provoca la envidia maligna de muchos. Cansándose de la defensa laboriosa de sus propios bienes, buscó al Ángel y le rogó la Libertad.

Se vio realmente libre. Sin embargo, fue confrontado por crueles demonios invisibles, que le perturbaron la caminata, llenándole la cabeza de inquietudes y tentaciones.

Extenuado, a causa del permanente conflicto interior en que vivía, regresó al Celeste Dispensador y le suplicó el Poder.

Entró en la posesión de la nueva dádiva y se revistió de grande autoridad. Entendió, sin embargo, antes de lo que esperaba, que el mando genera odio y revuelta en los corazones perezosos e incomprensibles y, atormentado por los estiletos ocultos de la indisciplina y la discordia, se dirigió al bienhechor e le imploró la Inteligencia.

Sin embargo, en la condición de científico y hombre de letras, perdió el resto de paz que disfrutaba. Comprendió, rápidamente, que no le era posible sembrar la realidad, de acuerdo con sus deseos. Para no ser víctima de la reacción destructora de los propios beneficiarios, era compelido a colocar un grano de verdad entre mil flores de fantasía pasajera y, lejos de acomodarse a la situación, volvió a la presencia del Ángel y le pidió el Matrimonio Feliz.

Satisfecho en su nuevo designio, se reconfortó en milagroso nido doméstico, estableciendo graciosa familia, pero, un día, apareció la muerte

y le robó la compañera.

Angustiado por la viudez, buscó al Ministro del Eterno y afirmando que se equivocara, una vez más, le suplicó la gracia de la Salud.

Recibió la concesión. Sin embargo, tan pronto transcurrieron algunos años, surgió la vejez y le desfiguró el cuerpo, desgastádoselo y arrugádoselo sin compasión.

Atormentado e incapaz ahora de ausentarse de casa, el Ángel amigo vino al encuentro de él y, abrazándolo, paternalmente, indagó que nuevo don pretendía del Alto.

El infeliz se declaró en falencia.

¿Qué más podría demandar?

Fue entonces que el glorioso mensajero le explicó que él, el candidato a la felicidad, se había olvidado del mayor de todos los dones que puede sustentar un hombre en el mundo, el don del Coraje que produce entusiasmo y buen ánimo para el servicio indispensable de cada día...

Jesús se interrumpió por algunos minutos; después, sonriendo ante la pequeña asamblea, remató:

— Hermosa es la Juventud, agradable es la Fortuna, admirable es la Libertad, brillante es el Poder, respetable es la Inteligencia, santo es el Casamiento Venturoso, bendita es la Salud de la carne, pero si el hombre no posee Coraje para sobreponerse a los bienes y males de la vida humana, a fin de aprender a consolidarse en el camino hacia Dios, de poca utilidad son los dones temporales en la experiencia transitoria.

Y tomando en el regazo a uno de los niños presentes, le indicó el firmamento estrellado, como si le dijera que solamente en el Alto la felicidad perenne de las criaturas encontraría la verdadera patria.

La respuesta celeste

Solicitando Bartolomé esclarecimientos en cuanto a las respuestas del Alto a las súplicas de los hombres, respondió Jesús para aclaración general:

— Antiguo instructor de los Mandamientos Divinos iba en misión de la Verdad Celestial, de una aldea para otra, muy distantes entre sí, haciéndose acompañar de un perro amigo, cuando anocheció, sin que le fuese posible prever el número de millas que lo separaban del destino.

Notando que la soledad en plena Naturaleza era horrible, oró, implorando la protección del Padre Eterno, y siguió.

Noche cerrada y sin luna, percibió la existencia de una larga y confortable cueva, a la margen del sendero por el que avanzaba, y acariciando al animal que lo seguía, vigilante, se dispuso a acostarse y dormir. Comenzó a instalarse, pacientemente, pero una espesa nube de moscas voraces lo atacó, de repente, obligándolo a reanudar el camino.

El anciano continuó la jornada, cuando se le deparó voluminoso riachuelo, en un trecho en que el sendero se bifurcaba. Puente rústico ofrecía pasaje por la vía principal, y, más allá de ella, la tierra parecía seductora, pues mismo envuelta en la sombra nocturna, se semejaba a una extensa sábana blanca.

El santo predicador pretendía ganar la otra margen, llevando al compañero obediente, cuando el puente se soltó de las bases, estallando y cayendo por entero.

Sin recursos, ahora, para la travesía, el viejito siguió por el otro rumbo, y, encontrando árbol robusto, con mucho follaje y acogedor, pensó en abrigarse, convenientemente, porque el firmamento anunciaba tempestad por los truenos lejanos. El vegetal respetable ofrecía asilo fascinante y seguro en el propio tronco abierto. Se disponía a entrar al refugio, pero el ventarrón empezó a soplar tan fuerte que el tronco vigoroso cayó, partido, sin remisión.

Expuesto entonces a la lluvia, el peregrino siguió adelante.

Después de aproximadamente dos millas, encontró un choza rural, mostrando dulce luz por dentro, y suspiró aliviado.

Llamó a la puerta. El hombre ríspido que vino a atender fue claro en la negativa, alegando que el sitio no recibía visitas de noche y que no le era permitido acoger personas extrañas.

Por más que llorase y rogase, el predicador fue constreñido a seguir adelante.

Se acomodó, como pudo, debajo del temporal, en las cercanías de la casita campestre; sin embargo, al poco tiempo, notó que el perro, aterrado por los relámpagos sucesivos, huía aullando, perdiéndose en las tinieblas.

El viejo, ahora solito, lloró angustiado, creyéndose olvidado de Dios y pasó la noche a la intemperie. Durante la alta madrugada, oyó gritos y palabrotas indistintas, sin poder precisar de dónde partían.

Intrigado, esperó el amanecer y, cuando el Sol apareció resplandeciente, se ausentó del escondrijo, se enteró, por intermedio de campesinos aflictos, que una cuadrilla de ladrones saqueara la cabaña donde le fuera negado el asilo, asesinando a los moradores.

Repentina luz espiritual le afloró en la mente.

Comprendió que la Bondad Divina lo había librado de los malhechores y que, alejando de él al perro que aullaba, le había garantizado la tranquilidad de su descanso.

Informándose de que seguía por el sendero opuesto a la localidad del destino, emprendió la marcha de regreso, para rectificar el viaje, y, junto al puente roto, fue aclarado por un labrador que la tierra blanca, al otro lado, no pasaba de un pantano traicionero, en que muchos viajeros descuidados habían sucumbido.

El viejo agradeció el salvamento que el Padre le enviara y, cuando alcanzó el árbol tumbado, un niño le hizo notar que el tronco, antes acogedor, era conocido cubil de lobos.

Muy agradecido al Señor que tan milagrosamente lo ayudara, buscó la cueva donde intentara reposar y en ella encontró un nido de peligrosas serpientes.

Dirigiendo infinito reconocimiento al Cielo por las expresiones de variado socorro que no supiera entender, de pronto, prosiguió adelante, sano y salvo, para el desempeño de su tarea.

En ese punto de la curiosa narrativa, el Maestro miró a Bartolomé demoradamente y terminó:

— El Padre oye siempre nuestros ruegos, pero se necesita discernimiento para comprender Sus respuestas y aprovecharlas.

La parábola recordada

Después de la parábola del buen samaritano, por la noche, en casa de Simón, Tadeo, sinceramente interesado en el asunto, rogó al Maestro que fuese más explícito en la enseñanza, y Jesús, con la espontaneidad habitual, habló:

— Un hombre enfermo yacía en el suelo, en gestos de sufrimiento, a las puertas de una grande ciudad, asistido por pequeña masa popular poco esclarecida e indiferente.

Pasó por allí un muchacho romano de corazón generoso, con prisa en su coche, y le lanzó dos monedas de plata, que un jovenzuelo de malas costumbres substrajo a escondidas.

Luego después, transitó por el mismo local un venerando escriba de la Ley, que, alegando servicios apremiantes, prometió enviar autoridades en beneficio del mendigo anónimo.

Casi de inmediato, desfiló por allí un sacerdote que lanzó al viajero desamparado un gesto de bendición y, afirmando que el culto al Supremo Señor esperaba por él, exhortó al pueblo a dar asilo al enfermo y alimentarlo.

Después de él, surgió, súbitamente, una respetable señora, a quien el pobre se dirigió en conmovedora súplica; pero, la noble matrona, lamentando las dificultades de su condición de mujer, invocó la caballerosidad masculina, para aliviarlo, como se hacía imprescindible.

Minutos después, un grande juez pasó por el mismo trecho de la vía pública, aseverando que nombraría testigos a fin de saber si el miserable no sería algún viciado vulgar, alejándose, rápidamente, bajo el pretexto de que la oportunidad no le era favorable.

Transcurridos más algunos instantes, vino a escena un mercader de bolsa que, condolido, aseveró su carencia de tiempo y dio veinte monedas a un hombre que le pareció simpático, a fin de que el problema de la asistencia fuese resuelto, pero el elegido improvisado era un malhechor evadido de la cárcel y huyó con el dinero sin prestar el socorro prometido.

El enfermo temblaba y sudaba de dolor, arrojado al polvo, cuando surgió allí un viejo publicano, considerado de mala vida, por no adorar el Señor, según las reglas de los fariseos. Con espanto de todos, se aproximó al infeliz, le enderezó palabras de ánimo y cariño, le dio el brazo, lo levantó y, sosteniéndolo con las propias energías, lo condujo a una hospedería de

confianza, suministrándole medicación adecuada y dividiendo con él el reducido dinero que traía consigo. Enseguida, reanudó su jornada, siguiendo tranquilamente su camino.

Después de interrumpirse, momentáneamente, el Maestro preguntó al discípulo:

—En tu opinión, ¿quién ejerció la caridad legítima?

— ¡Ah! sin duda — exclamó Tadeo, de buen humor —, aunque aparentemente despreciable, fue el publicano, porque, aparte de dar el dinero y la palabra, dio también el sentimiento, el tiempo, el brazo y el estímulo fraternal, utilizando, para eso, las propias fuerzas.

Jesús, complaciente, fijó en el aprendiz los ojos penetrantes y remató:

— Entonces, haz tú lo mismo. La caridad, por substitutos, indiscutiblemente es honrosa y loable, pero el bien que practicamos en sentido directo, dando de nosotros mismos, es siempre el mayor y el más seguro de todos.

La regla de ayudar

Juan, en el auge de la curiosidad juvenil, comprendiendo que se hallaba delante de nuevos métodos de vivir, tal era la grandeza con que el Evangelio transparentaba de las enseñanzas del Señor, preguntó a Jesús cual era la manera más digna de comportarse el aprendiz delante del prójimo, en el sentido de ayudar a los semejantes, a lo que el Amigo Divino respondió, con voz clara y firme:

— Juan, si buscas una regla para auxiliar a los otros, beneficiando a ti mismo, no se olvides de amar al compañero de jornada terrestre, tanto cuanto desees ser querido y amparado por él.

Con el pretexto de cultivar la verdad, no transformes la propia existencia en una batalla en que tu pies atraviesen el mundo, cual furioso combatiente en el desierto; recuerda que la mayoría de los enfermos conoce, de algún modo, la molestia que les es propia, reclamando amistad y entendimiento, por encima de la medicación.

Recuerda que no hay corazones en la Tierra, sin problemas difíciles de resolver; en razón de eso, aprende la cortesía fraternal para usarla con todos.

Acoge el hermano del camino, no solamente con el saludo recomendado por los imperativos de la cortesía, sino también con el calor de tu sincero propósito de servir.

Mira fijamente los ojos las personas que te dirijan la palabra, testimoniándoles cariñoso interés, y guarda siempre la posición de oyente delicado y atento; no levantes demasíadamente la voz, porque la seguridad y la serenidad con que los más graves asuntos deben ser tratados no dependen de ruido.

Abstente de las conversaciones inútiles; el comentario menos digno es siempre invasión delictuosa en cuestiones personales.

Loa quien trabaja y, aún mismo delante de los malos y de los ociosos, procura exaltar el bien que son susceptibles de hacer.

Huye del pesimismo, guardando, no obstante, la prudencia indispensable delante de las criaturas metidas en negocios respetables, pero pasajeros, del mundo; la tristeza improductiva, que apenas sabe lastimarse, nunca fue útil a la Humanidad, necesitada buen ánimo.

Usa, cotidianamente, la llave luminosa de la sonrisa fraternal; con el gesto espontáneo de bondad, podemos evitar muchos crímenes y

eliminar muchos males.

Haz lo posible por ser puntual; no dejes al compañero a tu espera, a fin de que no te sea atribuida una falsa importancia.

Agradece todos los beneficios de la senda, respetando a los grandes y a los pequeños; si el Sol calienta la vida, es la semilla del trigo que proporciona el pan.

Deja que las aguas vivas e invisibles del Amor, que proceden de Dios, Nuestro Padre, atraviesen tu corazón, en favor del círculo de lucha en que vives; el Amor es la fuerza divina que engrandece la vida y confiere poder.

Hagamos, sobre todo, lo mejor que podamos, por la felicidad y por la elevación de todos los que nos rodean, no solamente aquí, sino en cualquier parte, no apenas hoy, sino siempre.

Se calló el Cristo y, señalando la belleza del programa expuesto, el joven apóstol inquirió respetuosamente:

—Señor, ¿cómo conseguiré ejecutar tan expresivas enseñanzas?

El Maestro respondió, resolutivo:

— La buena voluntad es nuestro recurso de cada hora.

Y, acariciando los cabellos del discípulo inquieto, encerró las oraciones de la noche.

La razón del dolor

Raquel, antigua servidora de la residencia de Cusa, levantó la voz para preguntar al Maestro por qué motivo el dolor se convertía en aflicción en los caminos del mundo.

¿No era el hombre creación de Dios? ¿No dispone la criatura del bendito concurso de los ángeles? ¿No vela el Cielo por los destinos de la Humanidad?

Jesús fijó en la interlocutora su mirada firme y consideró:

— La razón del dolor humano procede de la protección divina. Los pueblos son familias de Dios que, a la manera de grandes rebaños, son llamados al Corral del Alto. La Tierra es el camino.

La lucha que enseña y edifica es la marcha. El sufrimiento es siempre el aguijón que despierta las ovejas distraídas a la margen de la senda verdadera.

Algunos instantes se transcurrieron mudos y el Maestro volvió a ponderar:

— El exceso de poder favorece el abuso, el confort en demasía, no raro, trae el relajamiento, y el pan que se amontona, de sobra, suele servir de pasto a los gusanos que se alegran en el moho...

Reparando, sin embargo, que la asamblea de amigos le reclamaba una explicación más amplia, elucidó fraternalmente:

— Un ángel, por orden del Eterno Padre, tomó bajo su responsabilidad un hombre común, desde el nacimiento. Le enseñó a alimentarse, a mover los miembros y los músculos, a sonreír, a reposar y a abrigarse en los brazos maternos. Sin alejarse del protegido, día y noche, le dio las primeras lecciones de la palabra y, enseguida, le orientó los nuevos impulsos, favoreciéndole el oportunidad de aprender a razonar, a leer, a escribir y a contar. Lo alejaba, hora a hora, de influencias perniciosas o mortíferas de Espíritus infelices que lo arrebatrían, por cierto, para el abismo de la muerte. Soprándole al pensamiento ideas iluminadas hacia las claridades del Infinito Bien, a través de mil modos de socorro imperceptible, le garantizó la salud y el equilibrio del cuerpo.

Le daba medicamentos invisibles, por intermedio del aire y del agua, de la vestidura y de las plantas.

Innumerables veces, lo salvó del error, del crimen y de los males sin remedio que atormentan a los pecadores. Al amanecer, el Paje Celestial

acudía, atento, para prepararle un día calmo y provechoso, defendiéndole la respiración, la alimentación y el pensamiento, vigilándole los pasos, con amor, para preservar mejor los dones; al anochecer, se apostaba a su cabecera, amparándole el cuerpo contra el ataque de los genios infernales, aguardándolo, con maternal cuidado, para las dulces instrucciones espirituales en los momentos del sueño. En el transcurso de la vida, le guió los ideales, lo ayudó a seleccionar las emociones y a situarse en un trabajo digno y respetable; le aclaró el cerebro joven, le insufló entusiasmo santo, rumbo a la vida superior, y lo estimuló a formar un reino de santificación y servicio, progreso y perfeccionamiento, en un hogar... El hombre, sin embargo, que nunca se recordara de agradecer las bendiciones que lo rodeaban, se hizo orgulloso y cruel, ante los intereses ajenos. Él, que retenía tan grandes gracias del Cielo, jamás se animó a esparcirlas en la Tierra y pasó simplemente a humillar a los otros con la gloria de que fuera revestido por su dedicado e invisible bienhechor. Cuando experimentó el primer disgusto, que él mismo provocó menospreciando la ley del amor universal, que determina la fraternidad y el respeto a los semejantes, gesticuló, con rebeldía, contra el Cielo, acusando al Supremo Señor de injusto e indiferente. Afligido, el ángel guardián procuraba levantarle el ideal de bondad, cuando un Ángel Mayor se aproximó de él y ordenó que el primer sinsabor del tutelado endurecido por exceso de regalías se convirtiese en aflicción. Rodando, mentalmente, de aflicción en aflicción, el hombre empezó a recoger los valores de la paciencia, de la humildad, del amor y de la paz con todos, haciéndose, entonces, precioso colaborador del Padre, en la Creación.

Terminada la historieta, esperó Jesús que Raquel expusiese alguna duda, pero la servidora enmudeció, dominada por la meditación que las enseñanzas de la noche le sugerían, el culto de la Buena Nueva fue cerrado con una ardiente oración de júbilo indefinible.

La fe victoriosa

Destacaba Andrés ciertas dificultades en la expansión de los nuevos principios redentores de los que el Maestro se hacía emisario y se refería a los fariseos con amargura violenta, incitando a los compañeros a la resistencia organizada. Jesús, sin embargo, que oía con imperturbable tolerancia la argumentación vehemente, aseveró tan pronto se estableció el silencio:

— Ninguna escuela religiosa triunfará con el Padre, ausentándose del amor que nos cabe cultivar los unos para con los otros.

Y quizá porque se manifestase una justificada expectativa en torno de los apólogos que su divina palabra sabía tejer, contó, muy calmo:

— En la época de la fe salvaje, tres hombres primitivos con sus familias se localizaron en vasta floresta y, terminado algún tiempo de convivencia fraternal, pasaron a discutir sobre la naturaleza del Creador. Uno de ellos decía que el Todopoderoso vivía en el trueno, otro creía que el Padre residiese en el viento y el tercero, que Él moraba en el Sol. Todos se sentían hijos de Él, pero querían a toda costa la preponderancia individual en los puntos de vista.

Después de ásperas altercados, guerrearon abiertamente.

Un de los tres se municionó de pesada carga de minerales, otro reunió gran cantidad de piedras y el último se ocultó detrás de un compacto monte de madera. Pedazos de leña y rudos guijarros eran las armas del gran conflicto. Todos invocaban la protección del Supremo Señor para sus núcleos familiares y se empeñaban en la lucha. Y tamañas fueron las perturbaciones que esparcieron en la floresta, perjudicando a los árboles y a los animales que sufrieron su flagelación, que el Todopoderoso les envió un ángel amigo.

El mensajero les visitó el reducto, con la forma de un hombre vulgar, y, lejos de retirarles los instrumentos con que destruían la vida, afirmó que los patrimonios que disponían eran todos preciosos entre sí, elucidándoles tan sólo de que necesitaban imprimir nueva dirección a las actividades en curso. Les explicó que los tres estaban ciertos en la creencia que alimentaban, porque Dios reside en el Sol que sostiene las criaturas, en el viento que auxilia la Naturaleza y en el trueno que renueva la atmósfera. Y, con mucha paciencia, aclaró a todos que el Creador solo puede ser honrado por los hombres, a través del trabajo digno y provechoso,

enseñando al primero a transformar los duros fragmentos de mineral en utensilios para el tratamiento de la tierra, en las ocasiones de sementera; al segundo, a convertir los pedazos de leña en piezas valiosas al bienestar, y, al tercero, a utilizar las piedras comunes en la edificación de abrigos confortables, añadiendo, en todo, la buena doctrina del servicio por el progreso y perfeccionamiento general. Los contendores comprendieron, entonces, la grandeza de la fe victoriosa por la acción edificante, y la discordia terminó para siempre...

El Maestro hizo una pequeña pausa y adujo:

— En materia religiosa, cada creyente posee razones respetables y retiene preciosas posibilidades que deben ser aprovechadas en el engrandecimiento de la vida y del tiempo, glorificando al

Padre. Cuando la criatura, sin embargo, guarda la bendición del Cielo y nada realiza de bueno, en favor de los semejantes y en beneficio de sí misma, se asemeja al avariento que se precipita en el infierno de la sed y del hambre, con la intención de esconder, indebidamente, la riqueza que Dios le prestó. Por esta razón, la fe que no ayuda, no instruye y ni consola, no pasa de oscura vanidad del corazón.

Pesado silencio descendió sobre todos y Andrés bajó los ojos tímidos, para retener mejor el mensaje de luz.

La apelación divina

Reunidos los componentes habituales del grupo doméstico, el Señor, de ojos melancólicos y lúcidos, sorprendiendo, quizá, alguna nota de oculta rebeldía en el corazón de los oyentes, habló, sublime:

— Amados, quien busca el Sol del Reino Divino ha de armarse de amor para vencer en la gran batalla de la luz contra las tinieblas. Y para almacenar el amor en el corazón es indispensable ampliar las fuentes de la piedad.

Compadezcámonos de los príncipes; quien se eleva muy alto, sin apoyo seguro, puede experimentar la caída en desfiladeros tenebrosos.

Ayudemos a los esclavos; quien se encuentra en los espinos del valle puede perderse en la disconformidad, antes de subir la montaña redentora. Auxiliemos al niño; la hierba tierna puede ser quemada, antes del sol del mediodía. Amparemos al viejito; no es siempre que la noche aparece bendecida de estrellas.

Extendamos manos fraternales al criminal de la senda; el remordimiento es un volcán devastador. Ayudemos a aquél que nos parece intachable; hay una justicia infalible, por encima de los círculos humanos, y no es siempre que quien muere santificado a los ojos de las criaturas surge santificado en el Cielo.

Amparemos a quien enseña; los maestros son torturados por las propias lecciones que transmiten a los otros.

Socorramos a aquél que aprende; el discípulo que estudia sin provecho, adquiere pesada responsabilidad delante del Eterno.

Fortalezcamos a quien es bueno; en la Tierra, la amenaza del desánimo acecha a todos.

Ayudemos al malo; el espíritu endurecido puede hacerse perverso.

Recordemos de los afligidos, abrazándolos, fraternalmente; el dolor, cuando es incomprendido, se transforma en hoguera de angustia.

Auxiliemos a las personas felices; la tempestad suele sorprender con la muerte los viajeros imprudentes. La salud reclama cooperación para no arruinarse.

La enfermedad necesita de remedios para extinguirse.

La administración pide socorro para no desmandarse.

La obediencia exige concurso amigo para sustraerse a la desesperanza.

Mientras el Reino del Señor no brille en el corazón y en la conciencia de las criaturas, la Tierra será una escuela para los buenos, un purgatorio para los malos y un hospital doloroso para los enfermos de toda suerte.

Sin la lámpara encendida de la compasión fraternal, es imposible atender a la Voluntad Divina.

El primer paso de la perfección es el entendimiento con el auxilio justo...

Se interrumpió el Maestro, ante los compañeros enmudecidos.

Y como los oyentes se conservasen callados, de ojos mojados por el llanto, Él volvió a la palabra, en plegaria, y suplicó al Padre luz y socorro, paz y esclarecimiento para ricos y pobres, señores y esclavos, sabios e ignorantes, buenos y malos, grandes y pequeños...

Cuando terminó la rogativa, las brisas del lago se agitaron, armoniosas y blandas, como si la Naturaleza las colocase en movimiento en dirección del Cielo para conducir la súplica de Jesús al Trono del Padre, más allá de las estrellas...

La sierva escandalizada

Ante las exclamaciones de Dalila, la esposa de Azor, el tejedor, en cuanto a las maldades de algunos publicanos de mal nombre que no la habían respetado, en la plaza pública, justamente cuando procuraba practicar el bien, relató Jesús, con simplicidad:

— Una piadosa mujer, deseando ser mensajera del Reino Divino en la Tierra, llamó a las puertas del Paraíso, rogando trabajo.

Fue atendida, cuidadosamente, por un ángel que le recomendó visitase una taberna para salvar a dos hombres buenos, desprevenidos, que se habían dejado embriagar, dominados por insinuaciones insufladas por los Espíritus de las tinieblas.

Al día siguiente, sin embargo, la enviada reapareció, llorosa, explicando al Ministro del Eterno que no le fue posible satisfacerle la determinación, porque el lugar indicado andaba repleto de jugadores que intercambiaban palabras obscenas y crueles.

El ángel, entonces, la mandó a un escondrijo en una floresta próxima, a fin de socorrer a un niño desamparado.

Al otro día, sin embargo, la emisaria regresó, alegando que no le fue posible realizar el trabajo porque en la caverna se ocultaban varios hombres y mujeres semidesnudos que le herían el pudor femenino.

El Administrador Celeste, sin desanimarse, la designó para auxiliar a una señora agonizante, pero, transcurridas pocas horas, la colaboradora volvió, ruborizada, al punto de origen, informando que no pudiera ni siquiera penetrar en el cuarto de la enferma, porque en la antecámara el esposo de la enferma, conversando con cierta mujer de baja procedencia, proyectaba un asesinato para la noche próxima.

El útil Ministro del Alto, aunque con alguna decepción, le designó para que auxiliara a dos hombres dementes situados en extenso valle de inmundos.

En el día inmediato, la sierva escandalizada regresaba, rápido, esclareciendo que no había conseguido alcanzar el objetivo, porque los locos vivían impresionados con escenas de vida impura, que le causaron extrema repugnancia.

El Escogido del Alto, después de oírla con manifiesta extrañeza, le pidió que amparara a una joven que se hallaba en peligro, pero, en breve, regresaba la cooperadora sensitiva, exclamando que la criatura mencionada

podía ser vista en una fiesta licenciosa, en repulsiva condición moral.

Y así la candidata al trabajo celestial atravesó la semana, inútilmente, cultivando la ineficiencia, bajo variados pretextos.

Pero, cuando buscaba de nuevo al ángel para solicitarle servicio, oyó de él la exhortación de la que se hiciera merecedora:

— Mi hermana, continúe, aún, desarrollando su esfuerzo en las vulgaridades de la Tierra.

— ¡Oh! y ¿por qué? — indagó, perpleja. — ¿No merezco acercarme de la vida más alta?

— Sus ojos están llenos de malicia — dilucidó el Ministro, tolerante —, y, para servir al Señor, el siervo del bien rectifica el escándalo, con amor y silencio, sin escandalizarse.

Se calló el Maestro por largos minutos; después, concluyó sin afectación:

— Quien se demora en la contemplación del mal, no está en condiciones de hacer el bien.

Los circunstantes se miraron, sorprendidos, y la oración final del culto doméstico fue pronunciada, mientras, allá afuera, la Luna muy clara, deshaciendo la tiniebla nocturna, simbolizaba radiante invitación del Cielo al sublime combate por la victoria de la luz.

La necesidad de entendimiento

Uno de los compañeros traía al culto evangélico enorme expresión de abatimiento.

Ante las indagaciones fraternales del Señor, aclaró que fue tratado rudamente en la vía pública. Varios deudores, que fueron invitados por él a pagarle, respondieron con ingratitud y grosería.

No se internó el Cristo a través de la consolación individual, pero, exhortando evidentemente a todos los compañeros, narró, benevolente:

— Un grande explicador de los textos de Job poseía singulares disposiciones para los servicios de la comprensión y de la bondad, y, quizá por eso, organizó una escuela en la que pontificaba con indiscutible sabiduría.

Amparando, en cierta ocasión, a un aprendiz inquieto que frecuentemente se lamentaba de maltratos que recibía en la plaza pública, salió pacientemente en compañía del discípulo, por las calles de Jerusalén, implorando limosnas para determinados servicios del Templo.

La mayoría de los transeúntes daba o negaba, con indiferencia, pero, en una esquina de mucho movimiento, un hombre vigoroso les respondió a la rogativa con aspereza y escarnio.

El maestro tomó al aprendiz por la mano y ambos lo siguieron, cuidadosos. No anduvieron mucho tiempo y lo vieron caer al solo, atormentado por un dolor violento, provocando el socorro general. Verificaron, pronto, que el hermano irritado sufría de cólicos mortales.

Siguieron adelante, cuando se quedaron frente a un caballero que no se dignó responderles a la súplica, dirigiéndoles tan sólo una mirada rencorosa y dura. El orientador y el tutelado le siguieron los pasos, y, cuando el extraño personaje alcanzó su domicilio, notaron que un compacto grupo de personas llorosas lo aguardaba, grupo ése al cual se unió en copioso llanto, informándose los dos de que el infeliz retenía en el hogar una hija muerta.

Prosiguieron pidiendo limosnas en la vía pública y, a pocos pasos, recibieron fuertes palabrotas de un muchacho a quien se habían dirigido. Se retrajeron ambos, a la expectativa, verificando, después de media hora de observación, que el miserable no pasaba de un loco.

Enseguida, oyeron atrevidas frases de un viejo que les prometía prisión y pedradas; pero, transcurridas algunas horas, supieron que el

infortunado era simplemente un negociante quebrado, que se convirtiera de señor en esclavo, en razón de las deudas enormes.

Como el día declinaba, el respetable instructor convocó al discípulo al regreso y ponderó:

— ¿Guardaste la lección? Acepta la necesidad del entendimiento como sagrado imperativo de la vida. Nunca más te quejes de aquéllos que exhiben expresiones de rebeldía o desespero en las calles.

El primero que nos surgió al frente era un enfermo vulgar; el segundo guardaba la muerte en su casa; el tercero padecía de locura y el cuarto experimentaba la falencia. En la mayoría de los casos, quien nos recibe de malhumor permanece en una senda mucho más oscura y más espinosa que la nuestra.

Y, completando la enseñanza, terminó el Señor, delante de los compañeros sorprendidos:

— Cuando encontremos a los portadores de la aflicción, tengamos piedad y auxiliémosles en la reconquista de la paz íntima. El toro retiene los cuernos, por no haber alcanzado, aún, el don de las alas. Reclamamos, comúnmente, contra la oveja que nos perturba el reposo, balando, atormentada; pero, raramente nos acordamos de que el pobre animal está siguiendo, bajo pesado lazo, el camino del matadero.

El problema difícil

Entre los comentarios de la noche, uno de los compañeros se mostró interesado en conocer la cuestión más difícil de resolver, en los servicios referentes a la búsqueda de la Luz Divina.

¿En qué sector de la lucha espiritual se colocaría el más complicado problema?

Después de tejer variadas consideraciones, alrededor del asunto, el Maestro puso en el semblante una actitud profundamente comprensiva y contó:

— Un gran sabio poseía tres hijos jóvenes, inteligentes y consagrados a la sabiduría.

Cierta mañana, ellos altercaban a propósito del obstáculo más difícil de vencer en el gran camino de la vida.

En el auge de la discusión, previendo quizá consecuencias desagradables, el progenitor benevolente los llamó y les confió una curiosa tarea.

Irían los tres al palacio del príncipe gobernante, conduciendo algunas dádivas que mucho les honraría el espíritu de cordialidad y gentileza.

El primero sería el portador de rico vaso de arcilla preciosa.

El segundo llevaría una corza rara.

El tercero transportaría una torta primorosa de la familia.

El trío fraternal recibió la misión con entusiástica promesa de servicio para el pequeño viaje de tres millas; no obstante, en medio del camino, empezaron a discutir.

El depositario del vaso no concordó con la manera como el hermano llevaba a la delicada corza, y el responsable por el animal daba instrucciones al cargador de la torta, a fin de que no tropezase, perdiendo el manjar; este último aconsejaba al portador del valioso vaso, para que no cayese.

El pequeño séquito seguía, por la senda, con dificultad, porque cada viajero permanecía atento a obligaciones que correspondían a los otros, a través de observaciones acaloradas e incesantes.

En dado momento, el hermano que conducía al animal olvida la propia tarea, a fin de arreglar la posición de la pieza de arcilla en los brazos del compañero, y el vaso, presionado por las inquietudes de ambos, resbala,

de súbito, para hacerse en pedazos en el cascajo polvoriento.

Con el choque, el distraído orientador de la corza pierde el gobierno del animal, que huye espantado, abrigándose en la floresta próxima.

El cargador de la torta avanzó para interrumpir la fuga, internándose dentro de la maleza, y el contenido de la plateada bandeja se pierde totalmente en el suelo.

Decepcionados e irritados, los tres muchachos volvieron a la presencia paterna, presentando cada cual su queja y su derrota.

El sabio, sin embargo, sonrió y les explicó:

— Aprovechen la enseñanza de la senda. Si cada uno de ustedes estuviese vigilante en la propia tarea, no cogerían las sombras del fracaso. El más intrincado problema del mundo, mis hijos, es el de cada hombre cuidar de sus propios negocios, sin entrometerse en las actividades ajenas. Mientras cuidamos de responsabilidades que competen a los otros, las nuestras vivirán olvidadas.

Jesús se calló, pensativo, y una plegaria de amor y reconocimiento completó la lección.

El hijo ocioso

Se comentaba en la pequeña asamblea los variados problemas de la fe en Dios, cuando Jesús, tomando en palabra, narró, complaciente:

— Un gran Soberano poseía vastos dominios. Tierras, ríos, haciendas, pomares y rebaños eran incontables en su reino prodigioso. Innumerables vasallos le servían en su casa, en todas las direcciones. Algunos de ellos nunca se perdían de los ojos del Señor, de manera absoluta.

De tiempos en tiempos, le visitaban la residencia, le ofrecían favores o le traían flores de ternura, recibiendo nuevos derroteros de trabajo edificante. Otros, sin embargo, vivían según su voluntad en las florestas inmensas. Estimaban la libertad plena con declarada indisciplina. Eran verdaderos perturbadores del vasto imperio, porque, en revés de ayudar a la Naturaleza, la despreciaban sin conmiseración. Mataban animales por el simple gusto de la caza, envenenaban las aguas para asesinar a los peces en masa, perseguían a las aves o quemaban las plantaciones de los siervos fieles, no obstante saber, en el íntimo, que debían obediencia al Poderoso Señor.

Uno de esos servidores livianos y ociosos no regateaba su creencia en la existencia y en la bondad del Rey. Después de largas aventuras en la floresta, exterminando aves indefensas, cuando el estómago estaba lleno, solía comentar la fe que depositaba en el rico Propietario del extenso y valioso dominio. Un Soberano tan precavido como aquel que supiera disponer de las aguas y de las tierras, de los árboles y de los rebaños, debía ser muy sabio y justiciero — explanaba consciente.

Aunque sutilmente se escapaba de todos sus decretos. Pretendía vivir a su modo, sin cualquier imposición, mismo de aquél que le confiara el valle en que consumía la existencia placentera y feliz.

Transcurridos muchos años, cuando sus manos ya no conseguían erguir la menor de las armas para perturbar la Naturaleza, cuando los ojos empañados no veían más el paisaje con la misma claridad de la juventud, y el cuerpo se inclinaba, cansado y triste, para el suelo, resolvió buscar al Señor, a fin de pedirle protección y amparo.

Atravesó lindos campos, en los cuales los siervos leales, trabajadores y felices, cultivaban el suelo de la propiedad inmensa y llegó al iluminado domicilio del Soberano.

Experimentando aflictivo asombro, reparó que los guardas de la entrada no le permitían el ansiado ingreso, porque su nombre no constaba en el libro de servidores activos.

Imploró, rogó, gimió; sin embargo, un centinela le avisó:

— El tiempo disponible del Rey es consagrado a los cooperadores.

— ¿Cómo?, — bramó el trabajador imprudente — Yo siempre creí en la soberanía y en la bondad de nuestro glorioso ordenador...

El guardia, sin embargo, replicó, sin pestañear:

— ¿De qué te servía semejante convicción, si huiste a los decretos de nuestro Soberano, gastando precioso tiempo en perturbarle las obras? Tu pasado está vivo en tu propia condición... ¿De qué te servía la confianza en el Señor, si nunca viniste a Él, trayendo un minuto siquiera de colaboración en beneficio de todos? Se observa, luego, que tu creencia era un simple medio de acomodar la conciencia con los propios desvaríos del corazón.

Y el siervo, ya comprometido por los actos menos dignos, y de salud arruinada, fue obligado a comenzar toda su tarea, de nuevo, con el propósito de regenerarse.

El Maestro se calló, durante algunos momentos, y concluyó:

— Aquí tenemos la imagen de todo ocioso hijo de Dios. El hombre válido e inteligente que admite la existencia del Eterno Padre, que le conoce el poder, la justicia y la bondad, a través de la propia expresión física de la Naturaleza, y que no lo visita con una simple oración, de cuando en cuando, ni le honra las leyes con el mínimo gesto de amparo a los semejantes, sin el más leve rasgo de interés en los propósitos del Gran Soberano, ¿podrá sacar alguna ventaja de sus convicciones inútiles y muertas?

Con esa indagación que caló en nos oídos de los presentes, el culto evangélico de la noche fue expresivamente cerrado.

El argumento justo

De noche, en casa de Simón, un velo de tristeza transparentaba en la mayoría de los semblantes.

Tadeo y Andrés, atacados horas antes, en las márgenes del lago, por algunos malhechores, se vieron constreñidos a reaccionar apresuradamente. No surgió ninguna consecuencia grave, pero ambos se sentían atormentados e irritados.

Cuando Jesús comenzó a hablar acerca de la gloria reservada a los buenos, los dos discípulos dejaron transparentar, a través del llanto discreto, la amargura que les dominaba el alma y, no pudiendo contenerse, Tadeo clamó, afligido:

— Señor, aspiro sinceramente a servir a la Buena Nueva; pero, soy portador de un corazón indisciplinado e ingrato. Oigo, contrito, las explicaciones del Evangelio; allá afuera, sin embargo, en el trato con el mundo, no paso de un espíritu obstinado en el mal. Lo lamento...lo lamento... pero, ¿cómo trabajar en favor de la Humanidad en estas condiciones?

Embargándosele la voz, se adelantó Andrés, alegando, lloroso:

— ¿Maestro, qué será de mí? A su lado, soy la oveja obediente; mientras, al distanciarme... basta una insignificante palabra de incompreensión para desarmarme. Reconozco que soy incapaz de tolerar un insulto o una pedrada. ¿Será justo proseguir, enseñando a los otros la práctica del bien, imperfecto y malo como me veo?!...

Al callarse Andrés, interfirió Pedro, considerando:

— A mi vez, observo que no paso de un mísero espíritu endeudado e inferior. Soy el peor de todos. Cada noche, al retirarme para hacer las oraciones habituales, me espanto delante del coraje loco dentro del cual vengo abrazando los actuales compromisos. Mi fragilidad es grande, mis deudas enormes. ¿Cómo servir a los principios sublimes del Nuevo Reino, si me encuentro así insuficiente e incompleto?

A la palabra de Pedro, se juntó la de Tiago, hijo de Alfeo, que aseveró, abatido:

— En la intimidad de mi propia conciencia, reparo como me encuentro lejos de la Buena Nueva, verdaderamente aplicada. Muchas veces, después de reconfortarme ante las disertaciones del Maestro, me recojo al cuarto solitario, para sondear el abismo de mis faltas. Hay

momentos en los que pavorosas desilusiones se apoderan de mí de improviso. ¿Seré en realidad un discípulo sincero? ¿No estaré engañando al prójimo? Me tortura la incertidumbre... ¿Quién sabe si no paso de insignificante mistificador?

Otras voces se hicieron oír en el cenáculo, desalentadas y llenas de amargura.

Jesús, sin embargo, después de señalar las opiniones enunciadas allí, entre el desánimo y la decepción, sonrió, tocado de buen humor, y esclareció:

— En verdad, el paraíso que soñamos aún está muy lejos y no veo aquí a ningún compañero alado. A mi parecer, los ángeles, en la indumentaria celeste, aún no encuentran domicilio en el suelo áspero y oscuro en que pisamos. Somos aprendices del bien, a camino del Padre, y no debemos menoscabar la bendita oportunidad de crecer hacia Él, en el mismo impulso de la vida que se eleva para el cielo, después de nacer en el oscuro seno de la tierra, esparciéndose compasiva, para transformarse en vino reconfortante, destinado a la alegría de todos. Pero, si ustedes se declaran débiles, deudores, endurecidos y malos y no son los primeros a trabajar para que se hagan fuertes, redimidos, dedicados y buenos en favor de la obra general de salvación, no me parece que los ángeles deban bajar de la gloria del Alto para sustituirnos en el campo de las lecciones de la Tierra. El remedio, antes de todo, se dirige al enfermo, la enseñanza al ignorante... De otro modo, pienso, la Buena Nueva de Salvación se perdería por inadecuada e inútil...

Las lágrimas de los discípulos se transformaron en intenso rubor, que se irradiaba de la fisonomía de todos, y una oración sentida del Amigo Divino imprimió el punto final al asunto.

El poder de las tinieblas

Centralizándose la charla en el estudio de las tentaciones, Jesús contó, sonriente:

— Un valeroso servidor del Padre se desplazaba, gallardamente, en populosa ciudad de pecadores, con tanta devoción a la fe y a la caridad, que los Espíritus del Mal se impacientaron al contemplar tanta abnegación y desprendimiento. Después que le armaron las más peligrosas trampas, sin resultado, enviaron un representante al Genio de la Tinieblas, a fin de oírle al respecto.

Un compañero de conciencia ennegrecida recibió la incumbencia y partió.

El Grande Adversario escuchó el caso, atentamente, y recomendó al Demonio Menor que presentase sugerencias.

El subordinado habló, con énfasis:

— ¿No podríamos despojarlo de todos los bienes?

— Eso, no — dijo el perverso orientador —; para un siervo de ese temple la pérdida de los recursos materiales es liberación. Encontraría, así, mil modos diferentes de aumentar sus contribuciones a la Humanidad.

— Entonces, le castigaremos la familia, dispersándola y constriñéndole a los hijos a llenarle de oprobio e ingratitud... — aventuró el pequeño perturbador, con reticencia.

El perseguidor mayor, no obstante, estalló en carcajadas y objetó:

— ¿No ves que, de ese modo, se integraría fácilmente con la familia total qué es la multitud?

El embajador, decepcionado, acentuó:

— Tal vez sea conveniente que le flagelemos el cuerpo; lo llenaremos de heridas y aflicciones.

— Nada de eso — añadió el genio satánico —, él hallaría medios de enfervorizarse en la confianza y aprovecharía la oportunidad para provocar la renovación íntima de mucha gente, por el ejercicio de la paciencia y de la serenidad en el dolor.

— ¡Moveremos la calumnia, la sospecha y el odio gratuito de los otros contra él! — clamó el emisario.

— ¿Para qué? — contestó el Espíritu de las Sombras. — Se transformaría en un mártir, redentor de muchos. Se valdría de toda la persecución para engrandecerse más, delante del Cielo.

Exasperado, ahora, el demonio menor adujo:

— Será, en fin, más aconsejable que lo asesinemos despiadadamente...

— ¿Qué dices?, — replicó la Inteligencia perversa — La muerte sería para él la más dulce bendición por reconducirlo a las claridades del Paraíso.

Y viendo que el aprendiz vencido se callaba, humilde, el Adversario Mayor hizo un expresivo movimiento con los ojos y aconsejó, locuaz:

— No seas tonto. Vuelve y di a ese hombre que él es un cero en la Creación, que no pasa de un mezquino verme desconocido... Imponle el conocimiento de la propia pequeñez, a fin de que jamás se engrandezca, y verás...

El enviado regresó satisfecho y puso en práctica el método recibido.

Rodeó al valiente servidor con pensamientos de desvalimiento, acerca de su pretendida insignificancia y le lanzó preguntas mentales como éstas: “¿cómo te atreves a admitir algún valor en tu obras destinadas al polvo? ¿No te sientes un simple juguete de las pasiones inferiores de la carne? ¿No sientes vergüenza de la animalidad que traes en el ser? ¿Qué puede un grano de arena perdido en el desierto? ¿No te reconoces en la posición de oscuro fragmento de lodo?”

El valeroso colaborador interrumpió las actividades que le correspondían y, después de escuchar largamente las peligrosas insinuaciones, se olvidó que el frondoso olivo comienza con el brote débil y se acostó, desalentado, en el lecho del desánimo y de la humillación, para despertar solamente en la hora en la que la muerte le revelaba el infinito de la vida.

Se calló Jesús, contemplando la noche calma...

Simón Pedro pronunció una sentida oración y los apóstoles, en compañía de los demás, se despidieron esa noche, pensativos y admirados.

El venenoso antagonista

Delante de la noche refrescada de brisas acariciantes, Felipe, de manos callosas, habló de las angustias que le poblaban el alma, con tanta emotividad y amargura que aflictivas notas de dolor arrebataron a la asamblea. E interpelado por el respetuoso cariño de Pedro, que volvió a tocar el problema de las tentaciones, el Maestro contó, pausadamente:

— El Señor, Nuestro Padre, precisó de un pequeño grupo de servidores en una ciudad rebelde y disoluta y, para eso, localizó en medio de ella a una familia de cinco personas, padre, madre y tres hijos que lo amaban y honraban sus leyes sabias y justas.

Ahí situados, los felices colaboradores comenzaron a servirlo, brillantemente.

Fundaron activo núcleo de caridad y fe transformadora que valía como avanzada sementera de vida celeste; y tanto se destacaron en la devoción y en la práctica de la bondad que el Espíritu de las Tinieblas pasó a hacerles guerra tenaz.

Al principio, los flageló con los murciélagos de la maledicencia; sin embargo, los siervos sinceros se unieron en la tolerancia y vencieron.

Esparció alrededor de ellos, luego después, las sombras de la pobreza; sin embargo, los trabajadores dedicados se congregaron en el servicio incesante y superaron las dificultades.

Enseguida, los atormentó con las serpientes de la calumnia; sin embargo, los héroes desconocidos hicieron constructivo silencio y derrotaron el oscuro perseguidor.

Después de semejantes ataques, el Genio Satánico modificó las normas de acción y les envió los demonios de la vanidad, que revistieron a los siervos fieles del Señor de vastas consideraciones sociales, como si hubiesen subido a los pináculos del poder de un momento para otro; pero, los cooperadores precavidos se hicieron más humildes y atribuían todo la gloria que les visitaba al Padre que está en los Cielos.

Fue entonces que los seres burlones y perversos les llenaron la casa de preciosidades y dinero, con el propósito de entorpecerles la capacidad de trabajar; pero el conjunto amoroso, robustecido en la confianza y en la oración, recibía monedas y dádivas, pasándolas para frente, a servicio de los desalentados y afligidos.

Exasperado, el Espíritu de las Tinieblas les mandó, entonces, el

Demonio de la Tristeza que, lentamente, alcanzó la mente del jefe de la heroica familia y le dijo, solemne:

— Eres un hombre, no un ángel... ¿No te avergüenzas, pues, de hablar tan insistentemente del Señor, cuando conoces, de cerca, tus propias imperfecciones? ¡Busca, antes de todo, sentir la extensión de tus flaquezas en la carne!... ¡Llora por tus errores, haz penitencia delante del Eterno! ¡Clama por tus culpas, tus culpas!...

Registrando la advertencia, el infeliz se alarmó, olvidándose de que el hombre sólo puede ser útil a la grandeza del Padre, a través del propio trabajo en la ejecución de los designios celestes y, entristeciéndose profundamente, se creyó culpable y criminal para siempre, de manera irremediable. Desde el instante en que admitió su incapacidad para erguirse de nuevo, recusó la alimentación del cuerpo, se acostó y, transcurridos algunos días, murió de pesar.

Viéndolo desaparecer, bajo compacta ola de lamentaciones y lágrimas, la esposa le siguió los pasos, oprimida por una gran angustia, y los hijos, después de algunas semanas, siguieron la misma ruta.

Y así el venenoso antagonista venció los denodados colaboradores de la creencia y del amor, uno a uno, sin la necesidad de otra arma que no fuese una pequeña sugerencia de tristeza.

Se interrumpió la palabra del Maestro, por largos instantes, pero ninguno de los presentes osó intervenir en el asunto.

Sintiendo, así, que los compañeros preferían guardar silencio, el Divino Amigo concluyó expresivamente:

— Mientras un hombre posee recursos para trabajar y servir con los pies, con las manos, con el sentimiento y con la inteligencia, la tristeza destructiva en torno a él no es más que la visita amenazadora del Genio de las Tinieblas en su guerra desventurada y persistente contra la luz.

El incentivo santo

Abierta la sesión de fraternidad en casa de Pedro, Tadeo clamó, irritado, contra las propias flaquezas, aseverando delante del Maestro:

— ¿Cómo enseñar la verdad si aún me siento inclinado a la mentira? ¿Con qué títulos transmitir el bien, cuando aún me reconozco arraigado al mal? ¿Cómo exaltar la espiritualidad divina, si a animalidad grita más alto en mi propia naturaleza?

El compañero no formulaba semejantes preguntas por espíritu de desespero o desánimo, sino por la enorme pasión del bien que le tomaba el íntimo, y eso se observaba por la inflexión de amargura con que destacaba las palabras.

Entendiéndole el resentimiento, Jesús habló, condescendiente:

— Un santo aprendiz de la Ley, de esos que se consagran fielmente a la Verdad, llamado por el Señor a los trabajos de la profecía entre los hombres, se mantenía en la profesión de mercader de remedios, transportando hierbas y jarabes curativos, de la ciudad para los campos, utilizándose para eso de un asno caprichoso e inconstante, cuando, reflexionando sobre los defectos de que se veía portador, pasó a entristecerse profundamente. Concluyó que no le cabía colaborar en las revelaciones del Cielo, por el estado de impureza íntima, e se hizo mudo. Atendía a las obligaciones de protector de los enfermos, pero se recusaba a instruir a las criaturas, en la Divina Palabra, no obstante, las requisiciones del pueblo que ya le conocía las dotes de inteligencia e inspiración.

Pero, sintiendo que la Celeste Voluntad lo constreñía al desempeño de la tarea y reparando que sus conflictos mentales se volvían cada vez más aplastantes, cierta noche, después de abundantes lágrimas, suplicó esclarecimiento al Todopoderoso.

Soñó, entonces, que un ángel lo venía a encontrar en sus trabajos de mercader. Se vio cabalgando el voluntarioso asno, cimbrado al peso de preciosa carga, en un camino de verdes tonalidades, cuando el emisario divino lo interpeló, con bondad, después de los saludos habituales:

— ¿Mi amigo, sabes cuántas coces asestó hoy este animal?

— Muchísimos — contestó sin vacilación.

— ¿Cuántas veces habrá mordido a los compañeros en el corral?, —prosiguió el enviado, sonriente — ¿cuántas veces habrá insultado el aseo de tu casa y rebuznado inoportunamente?

Y porque el discípulo aturdido no consiguiese responder, de pronto, el ángel consideró:

— Sin embargo, él es un auxiliar precioso y debe ser conservado. Transporta medicamentos que salvan a muchos enfermos, distribuyendo esperanza, salud y alegría.

Y fijando sus ojos lúcidos en el predicador desalentado, remató:

— Si este asno, con el pretexto de ser rudo e imperfecto, si negase a cooperar contigo, ¿qué sería de los enfermos que esperan confiados en ti? ¡Vuelve a la misión luminosa que abandonaste, y, si no te es posible, por ahora, servir a Nuestro Padre Supremo en la condición de un hombre purificado, atiende a tus deberes, esparciendo confort y buen ánimo, en la posición del animal valioso y útil. En las bendiciones del servicio, serás encontrado más fácilmente por los mensajeros de Dios, los cuales, reconociéndote la buena voluntad en las realizaciones del amor, se compadecerán de ti, amparándote la naturaleza y perfeccionándola, tanto cuanto domesticas y valoras a tu rústico, pero valioso auxiliar!

En ese instante, el predicador se vio nuevamente en el cuerpo, despierto, y ahora feliz en razón de la respuesta del Alto, que le reajustaría la errada conducta.

Surgiendo el silencio, el discípulo agradeció al Maestro con una mirada. Y Jesús, transcurridos algunos minutos de manifiesta consolación en el semblante de todos, concluyó:

— El trabajo en el bien es el incentivo santo de la perfección. A través de él, el alma de un criminal puede emerger para el Cielo, a la manera del lirio que se desabotona para la Luz, con las raíces presas, aún, en el charco.

Enseguida, el Maestro se puso a contemplar las estrellas que chispeaban, en la noche, mientras Tadeo, conmovido, se aproximaba, mansito, para besarle las manos con dulzura reverente.

El mensaje de la compasión

En la noche clara, la asamblea familiar en casa de Pedro se centralizaba en el examen de las dificultades en el trato con las personas.

¿Cómo extender los valores de la Buena Nueva? ¿Cómo instalar el mismo don y la misma bendición en mentalidades diversas entre sí?

Terminado el largo debate fraternal, en el que Jesús se mantuviera en pesado silencio, Juan le preguntó, preocupado:

— ¿Señor, qué hacer delante de la calumnia que nos dilacera el corazón?

— Ten piedad del calumniador y trabaja por el bien de todos — respondió el Mentor Celeste, sonriendo —, porque el amor deshace las tinieblas del mal y el servicio destruye la idea irrespetuosa.

— Maestro — añadió Tiago, hijo de Zebedeo —, ¿y cómo actuar delante de aquél que nos ataca, brutalmente?

— Un hombre que se conduce por la violencia — acentuó el Cristo, bondadoso —, debe estar loco o envenenado. Auxiliémosle para que se rehaga.

— Señor — adujo Judas, mostrando los ojos fogosos —, ¿y cuándo el hombre que nos ofende está cubierto de autoridad respetable, como la de un príncipe o de un sacerdote, con todas las apariencias de un ordenador consciente y normal?

— La serpiente puede ocultarse en un ramo de flores y hay gusanos que se habitúan en los frutos de bella presentación. El hombre de elevada categoría que se revele violento y cruel es un enfermo, aún así. Compadécete de él, porque duerme en una pesadilla de oscuras ilusiones, de la cual será constreñido a despertar, un día. Ampáralo como puedas y sigue en tu camino, actuando en la felicidad común.

— Maestro, ¿y cuándo nuestra casa es atormentada por un crimen? ¿Cómo procederé delante de aquel que me traiciona la confianza, que me deshonra el nombre o me ensangrienta el hogar?

— Apiádate del delincuente de cualquier clase — elucidó Jesús — y no desees violar la Ley que el prójimo no respetó, porque el perseguidor y el criminal de todas las situaciones cargan consigo una abrasadora hoguera. Una falta no rescata otra falta y la sangre no lava la sangre. Perdona y ayuda. El tiempo está encargado de retribuir a cada criatura, de acuerdo con su esfuerzo.

— Maestro — interrumpió Bartolomé —, ¿qué hacer del juez que nos condena con parcialidad?

— Ten compasión de él y continúa cooperando en el bien de todos los que te cercan. Hay siempre un juez más alto, analizando a aquéllos que censuran o maldicen y, más allá de un horizonte, otros horizontes se desdoblán, más dilatados y luminosos.

— Señor — indagó Tadeo —, ¿cómo proceder delante de la mujer que amamos, cuando se entrega a las caídas morales?

— Jesús lo miró con blandura, e inquirió, a su vez:

— Los sufrimientos íntimos que la dilaceran, día y noche, ¿no constituirán, por sí mismas, aflictivo castigo?

Se hizo un balsámico silencio en el círculo doméstico y, luego al percibir que los aprendices habían cesado las interrogaciones, el Señor concluyó:

— Si pretendemos desterrar los males del mundo, cultivemos el amor que se compadece en el servicio que construye para la felicidad de todos. Nadie se engañe. Las horas son inflexibles instrumentos de la Ley que distribuye a cada uno, según sus obras. Nadie procure sanar un crimen, practicando otros crímenes, porque el tiempo transforma todo en la Tierra, operando con las llamaradas del sufrimiento o con el hielo de la muerte.

La gloria del esfuerzo

Relacionaba Tiago, hijo de Alfeo, las dificultades naturales en la preparación del discípulo, cuando varias opiniones se hicieron oír en cuanto a los percances del perfeccionamiento.

Es casi imposible practicar las lecciones de la Buena Nueva, en el mundo contrario a la bondad, a la renuncia y al perdón — concluían los aprendices de manera general. La mayoría de las criaturas se complacen en la avaricia o en el endurecimiento.

Registraba el Maestro la conceptualización emitida por los compañeros, en significativa quietud, cuando Pedro Lo convocó directamente al asunto.

Jesús reflexionó algunos instantes y ponderó:

— Entre enseñanza y aprovechamiento, todo depende del aprendiz.

Y a continuación, habló con blandura:

— Existió en el tiempo de David un grande artista que se especializara en el arpa con tanta perfección que varias personas importantes venían de muy lejos, con el fin de oírlo. Grandes señores con sus comitivas descansaban, de cuando en cuando, junto a su morada, cercada de arboleda, para escucharle las sublimes improvisaciones. El admirable maestro hizo renombre y fortuna, pareciendo a todos que nadie lo igualaría en la Tierra, en la expresión musical a que se consagrara.

En sus saraos y exhibiciones, poseía a su servicio personal un esclavo aparentemente inhábil y atolondrado, que servía agua, dulces y frutas a los invitados y que jamás conversaba, fijando todo la atención en el instrumento divino, como si viviese fascinado por las manos que lo tañían.

Pasaron muchos años cuando, cierta noche, el artista volvió inesperadamente al domicilio, al terminar el banquete de un amigo en las vecindades y, con indecible asombro, nota celeste melodía en el aire.

Alguien tocaba magistralmente en su casa solitaria, como si fuera un ángel exiliado en el mundo.

¿Quién sería el extranjero que le tomara el lugar?

Con lágrimas de emoción por presentir la existencia de alguien con ideal artístico bien superior al suyo, avanza despacio para no ser percibido y, con intraducible asombro, verificó que el arpista maravilloso era su viejo esclavo atolondrado que, usando los minutos que le pertenecían

por derecho y sin incomodar a nadie, ejercitaba las lecciones del señor, a las cuales prestaba, desde hace mucho tiempo, todo su vigilante amor en conmovido silencio.

Fue entonces que el artista magnánimo y famoso lo liberó y le confirió la posición que por justicia merecía.

Delante de la extrañeza de los discípulos que se callaban, confundidos, el Maestro remató:

— La adquisición de calidades nobles es la gloria infalible del esfuerzo. Todo hombre y toda mujer que usaren las horas de que disponen en el arpa de la vida, correspondiendo a la sabiduría y a la belleza con que Nuestro Padre se manifiesta, en todos los cuadros del mundo, de prisa le absorberán la grandeza y las sublimidades, convirtiéndose en representantes del Cielo para sus hermanos en humanidad. Cuando la criatura, sin embargo, solamente trabaja en la cuota de tiempo que le es paga por las comodidades de la Tierra, sin cualquier aprovechamiento de las grandes concesiones de horas que la Divina Bondad le concede en el cuerpo, nada más recibirá, además de la remuneración transitoria del mundo.

La lección de lo esencial

Discurrían los discípulos, entre sí, en cuanto a las cosas esenciales al bienestar, cuando el Señor, asumiendo la dirección de los pensamientos en disonancia, añadió:

— Es indispensable que la criatura entienda la propia felicidad para que se no transforme, al perderla, en triste fantasma de lamentación. Lejos de las verdades más simples de la Naturaleza, el hombre se bucea en la ola pesada de fantasiosos artificios, exterminando el tiempo y la vida, a través de inquietudes innecesarias.

Y, como quien recordaba un incidente adecuado al asunto, se interrumpió por algunos instantes y retomó la palabra, comentando:

— Ilustre dama romana, en compañía de un hijito de cinco años, se dirigía de la ciudad de los Césares para Esmirna, en una lujosa galera de su patria. Al penetrar en la embarcación, se hizo acompañar de dos esclavos, cargados de voluminoso equipaje de diferentes joyas: collares y camafeos, brazaletes y redes de oro, adornados con pedrerías, que le revelaban la predilección por los adornos raros. Todo el personal de servicio se inclinó, con respeto, al verla pasar, tan elevada era la expresión del tesoro que traía a bordo.

Tan pronto que se hizo el barco a alta mar, la distinguida señora se convirtió en el centro de las atenciones generales. En las fiestas de cordialidad era objeto de todos los intereses por los adornos brillantes con que se presentaba.

La excursión proseguía tranquila, cuando, en cierta mañana soleada, apareció el imprevisto.

El choque con un traicionero arrecife que abrió una extensa brecha en la galera y las aguas la invadían. Largas horas de lucha surgieron con la expectativa de reparación; sin embargo, una sacudida más fuerte lleva el navío a una posición irremediable y algunos botes son bajados y colocados a la disposición de los viajeros para los trabajos de un posible salvamento.

La ilustre patricia es llamada a prisa.

El comandante calcula la llegada al puerto más próximo en dos días de viaje arriesgado, en la hipótesis de vientos favorables.

La joven matrona abraza al hijito, esperanzada y aflicta. En breve ella alcanza el pequeño barco de socorro, sosteniendo al niño y un pequeño paquete en el que los compañeros juzgaron trajese las joyas más valiosas.

Sin embargo, presentando el contenido a los pocos hermanos de infortunio que seguirían junto de ella, exclamó:

— “Mi hijo es lo que poseo de más precioso y aquí tengo lo que considero más útil”.

El insignificante volumen contenía dos panes y diez higos maduros, con los cuales se alimentó la reducida comunidad de náufragos, durante las horas aflictivas que les separaba de la tierra firme.

El Maestro reposó, por algunos segundos, y añadió:

— La felicidad real no se fundamenta en riquezas transitorias, porque, siempre llega un día en que el hombre es compelido a separarse de los bienes exteriores más queridos al corazón.

Los locos se apegan a tierras y molinos, a monedas y honores, a vinos y placeres, como si nunca debiesen ajustar cuentas con la muerte. El espíritu prudente, sin embargo, no desconoce que todos los patrimonios del mundo deben ser usados para nuestro enriquecimiento en la virtud y que las bendiciones más simples de la Naturaleza son las bases de nuestra tranquilidad esencial. Busquemos, pues, el Reino de Dios y su justicia, tomando a la Tierra lo estrictamente necesario a la manutención de la vida física y todas las alegrías nos serán acrecentadas.

El imperativo de la acción

Explanaban los aprendices, acaloradamente, sobre las necesidades de preparación para el Reino Divino.

Felipe, circunspecto, destacaba la necesidad de la meditación. Tiago, el más viejo, opinaba por el retiro espiritual; los discípulos del movimiento renovador, a su opinión, debían aislarse en una zona inaccesible al pecado. Juan optaba por la adoración constante, llegando al extremo de sugerir el abandono de las actividades profesionales, por parte de cada uno, con el fin de poder entonar hosannas continuos al Padre Amantísimo. Bartolomé destacaba la necesidad del ayuno incesante, con abstención de todo contacto con personas impuras.

Llamado a la manifestación directa por la palabra indagadora de Simón, Jesús preguntó, nominalmente:

—Pedro, ¿cuál es a agua qué desprende miasmas pestilencias?

— Sin duda — respondió el apóstol, intrigado —, es el agua estancada, sin provecho.

Sonriente, se dirigió al hijo de Alfeo, indagando:

—Tiago, ¿cuál es el pescado que fluctúa inerte sobre las olas?

— Es el pescado muerto, Señor — respondió el discípulo, decepcionado.

—Bartolomé, ¿cuál es la tierra que se llena de matorrales dañinos a la plantación útil?

El interpelado pensó, pensó y esclareció:

— Indiscutiblemente, es la tierra buena abandonada, porque el suelo empedrado y áspero es casi siempre estéril.

El Maestro, evidenciando sincera satisfacción, concentró la atención en Tadeo e inquirió:

—Tadeo, ¿cuál es la túnica que se convierte en nido de la polilla destructora?

— Es la túnica que no se usa.

Dirigiendo un expresivo gesto a Judas, interrogó:

— ¿Qué acontece al talento sepultado?

— Se pierde por inútil, Señor.

Luego señaló con la mirada a uno de los hijos de Zebedeo y habló, más incisivo:

—Tiago, ¿dónde se abrigan las serpientes y los lobos?

— En los lugares en ruina o dejados al abandono.

— Andrés — dijo el Cristo, fijándose en el hermano de Pedro —, ¿cuál es, en verdad, la función de la levadura?

— Maestro, la misión de la levadura es dar vida al pan.

Enseguida, posando en los compañeros su mirada penetrante y dulce, añadió, bien humorado:

— El tiempo está repleto de adoradores y la miseria rodea a Jerusalén. Si la luz no sirve para expulsar a las tinieblas, si el pan debe huir del hambriento y si el remedio necesita distanciarse del enfermo, ¿dónde encontraremos provecho en el trabajo que nos proponemos? El Reino Divino establece el imperativo de la acción como orden fundamental. Sigamos adelante y propaguemos la verdad salvadora, a través de los pensamientos, de las palabras, de las obras y de nuestras propias vidas.

El Todo-Sabio creó la simiente para producir con el infinito. Baja del alto la claridad del Sol cada día para extinguir las sombras de la Tierra. No es otro el ministerio de la Buena Nueva. Amar, sirviendo, es venerar al Padre, por encima de todas las cosas; y servir, amando, es amparar al prójimo como a nosotros mismos. Regirse por estas normas, en nuestro movimiento de redención, es practicar toda la Ley.

El árbol precioso

Destacando el Señor que la construcción del Reino Divino sería obra de unión fraternal entre todos los hombres de buena voluntad, el viejo Zebedeo, que amaba profundamente los apólogos del Cristo, le pidió alguna narrativa simbólica, a través de la cual la comprensión si hiciese más clara para todos.

Jesús, benévolo como siempre, sonrió y contó:

— Vivían los hombres en permanentes conflictos, acompañados de miseria, perturbación y sufrimiento, cuando el Padre compadecido les envió un mensajero, portador de sublimes simientes del Árbol de la Felicidad y de la Paz. Bajó el ángel con el regio regalo y, congregando a los hombres para la entrega festiva, les explicó que el vegetal glorioso produciría flores de luz y frutos de oro, en el porvenir, apagando todas las disensiones, pero exigía atenciones especiales para fortalecerse. Una vez germinado, era imprescindible la colaboración de todos, en los cuidados excepcionales del amor y vigilancia.

Las semillas requerían tierra conveniente, perfeccionado sistema de irrigación, determinada clase de abono, protección incesante contra insectos dañinos y providencias diversas, en los tiempos laboriosos del inicio; la planta, sin embargo, era tan preciosa por sí misma que bastaría un ejemplar victorioso para que la paz y la felicidad se derramasen, benditas, sobre la comunidad en general. Su ramas abrigarían a todos, su perfume envolvería la Tierra en suave armonía y sus frutos, usados por las criaturas, garantizarían el bienestar del mundo entero.

Terminada la promesa y después de ser confiadas al pueblo las semillas milagrosas, cada circundante se retiró para su domicilio propio, soñando poseer, de manera egoísta, el árbol de las flores de luz y de los frutos de oro. Cada cual pretendía para sí la preciosidad, con carácter de exclusividad.

Para eso, se cerraron, apasionadamente, en las tierras que dominaban, experimentando la sementera y suspirando por la posesión personal y absoluta de semejante tesoro, simplemente por vanidad del corazón.

El árbol, sin embargo, a fin de vivir, exigía concurso fraterno total, y las desavenencias ruinosas continuaron.

Las semillas, por la naturaleza divina que las caracterizaba, no se

perdieron; pero, si algunos cultivadores poseían agua, no poseían abono y los que retenían el abono no disponían de suficiente agua. Quien detenía recursos para defenderse contra los gusanos, no tenía acceso a la gleba conveniente y quien se había apoderado del mejor suelo no contaba con posibilidades de vigilancia. Y tanto los señores provisionales del agua y del abono, de la tierra y de los elementos defensivos, cuanto los demás candidatos a la posesión de la riqueza celeste, pasaron a luchar, en pleno desequilibrio, exterminándose recíprocamente.

El Maestro hizo un largo intervalo en la curiosa narrativa y añadió:

— Éste es el símbolo de la guerra inútil de los hombres alrededor de la felicidad. Los talentos del Padre fueron concedidos a los hijos, indistintamente, para que aprendan a disfrutar de los dones eternos, con entendimiento y armonía. Unos poseen la inteligencia, otros la reflexión; unos guardan el oro de la tierra, otros el conocimiento sublime; algunos retienen la autoridad, otros la experiencia; pero, cada uno busca vencer solo, no para diseminar el bien con todos, a través del heroísmo en la virtud, sino para humillar los que siguen en la retaguardia.

Y fijándose en Zebedeo, de modo significativo, finalizó:

— Cuando la verdadera unión se haga espontánea, entre todos los hombres en el camino redentor del trabajo santificante del bien natural, entonces el Reino del Cielo resplandecerá en la Tierra, a la manera del árbol divino de las flores de luz y de los frutos de oro.

El viejo galileo sonrió, satisfecho, y nada más preguntó.

El educador perturbado

Comentaba Andrés, el apóstol servicial, las dificultades para aficionarse a las verdades nuevas, cuando Jesús narró para la edificación de todos:

— Un hombre, singularmente fuerte, que se especializara en variados servicios de reparación y reajuste, fue invitado por un ángel para arreglar a un mutilado que aspiraba al ingreso en el paraíso y aceptó la tarea.

Se aproximó al enfermo, con el martillo en la mano, y, no obstante los gritos y lágrimas que su obra arrancaba del infeliz, perfeccionándolo, día a día, cumplió con lo prometido.

El mensajero divino, satisfecho, le rogó la contribución en el perfeccionamiento de una vieja coja que deseaba ardientemente la entrada en la Corte Celeste.

El trabajador robusto, indiferente a los gemidos de la anciana, le impuso la disciplina curativa y, gradualmente, la colocó en condiciones de ascender a las Esferas Sublimes.

El ministro del Alto, jubiloso, le solicitó el concurso en la rehabilitación de un hombre con llagas y afligido que anhelaba la beatitud del edén.

El reparador no titubeó.

Absolutamente inaccesible a los petitorios del infortunado, le quemó las úlceras con atención y rigor, poniéndolo en posición de elevarse.

Terminada la tarea, el ángel retornó y le solicitó la cooperación en beneficio de un joven perdido en malas costumbres.

El restaurador tomó al muchacho por su cuenta y le dio trabajo y contención, con tanta experiencia, que, en tiempo breve, la tarea se hacía completa.

Y, así, el emisario del Alto le pidió colaboración en diversos y complejos casos de reestructuración física y moral, hasta que un día, el emérito educador, aburrido de la existencia imperfecta en la Tierra, imploró al administrador angélico el permiso necesario para seguir en compañía de él, en dirección al Cielo.

El embajador sublime lo revistó, minuciosamente, e informó que también él debía prepararse con vistas al grande emprendimiento; le mostró

los pies irregulares, los brazos deficientes y los ojos defectuosos y rogó, de esta vez, que él se reajustase a sí mismo, a fin de elevarse.

El que disciplinaba comenzó la obra de auto-perfeccionamiento, esperanzado y optimista; sin embargo, su antiguo martillo le hería ahora tan rudamente la propia carne que él, en vez de reparar los pies, los brazos y los ojos, cayó revolcándose en el suelo, desdichado y rebelde, profiriendo blasfemias y vomitando injurias contra Dios y el mundo, casi parálítico y casi ciego.

Él mismo no soportó el régimen de salvación que aplicara a los otros y el propio ángel amigo, al reencontrarlo, lo identificó con extrema dificultad, tan diferente se hallaba.

Terminado el largo examen al que sometió al infortunado, el mensajero del Eterno no tuvo otro recurso sino confiarlo a otros educadores para que el reajuste necesario si hiciera, con el mismo rigor saludable con que funcionó para los otros, a fin de que el notable reparador se perfeccionase, convenientemente, para, entonces, ingresar en el Paraíso.

Delante de la extrañeza que dominaba el ánimo de los presentes, el Señor concluyó:

— Usemos la paciencia y el amor en todas las obras de corrección y aprendamos a soportar las medidas con que buscamos mejorar la posición de aquellos que nos cercan, porque para cada espíritu llega siempre un momento en que debe ser burilado, con eficiencia y seguridad, para la Luz Divina.

El provecho común

En la noche muy clara, los compañeros reunidos en casa de Pedro comentaban las dificultades en la divulgación de las ideas redentoras.

Mucha gente si valía del socorro de Jesús, buscando ventajas propias. Cierta negociante provocaba una agrupación popular en determinada región de la playa, a fin de estimular la venta de vinos; carreteros vulgares intensificaban la propaganda del Reino Celeste, en las cercanías, no con el objetivo de tornarse mejores, sino para alquilar diversos vehículos a los enfermos de lejos, interesados en la asistencia del Maestro.

El parecer de casi todos los apóstoles era inquietante y desalentador.

Fue cuando el Divino Amigo, tomando la palabra, explicó:

— Cierta filósofo, buceado en los estudios de la Revelación Divina, poseía un discípulo que nunca se conformaba con la incomprensión del pueblo en cuanto a las verdades celestes. Se inflamaba, de minuto a minuto, contra los malos, los ingratos o los hipócritas, que abusaban de las elevadas enseñanzas del que se veía portador.

El maestro lo oía y guardaba silencio, hasta que en una linda mañana, llegando un aguacero rápido de estío, lo invitó a un breve paseo hasta el campo próximo, después de rehecho el paisaje.

No habían andado media milla, cuando avistaron vasta faja de pantano; y el orientador, observando que el charco recibía el agua de la lluvia, explicó:

— He aquí que el lodazal recoge el líquido celeste y con él hace un caldo inmundo, pero existen batracios que se beneficiarán con seguridad y eficiencia, porque, si no lloviese, probablemente estas aguas oscuras se transformarían en veneno mortal.

Después de algunos pasos, encontraron charcos de torrente en las grutas de tierra dura, y el mentor, analizándolas, añadió:

— Aquí, la fuente que fluyó del firmamento es ahora lodo desagradable; pero, ¿qué sería de este suelo estéril si el agua divina no lo visitase? Mañana, tal vez veremos en este suelo, perfumada floración de lirios rústicos.

Marcharon adelante y se detuvieron en la contemplación de algunos árboles desnudos. El agua, en los gajos resecos, parecía gris y

fétida, pero el instructor aclaró:

— En estos árboles abandonados, la bendición de la lluvia cristalina se hizo pesada y sombría; no obstante, ¿qué les acontecería si las dádivas del Alto no los beneficiasen? Posiblemente, morirían, pronto, hasta las raíces. En pocas semanas, sin embargo, se cubrirán de hartas ramas, sirviendo a los hogares benditos de los pajaritos.

Continuaron más allá y descubrieron algunos melocotoneros, cuyas flores guardaban las gotas del cielo, con tanta belleza, que más se asemejaban, dentro de ellas, a un rocío diamantino, levemente irisado por la claridad solar. El maestro, indicándolas, dijo:

— Aquí, los pétalos puros conservaron el don celeste con absoluta fidelidad y, mucho pronto, serán perfume y belleza en excelentes frutos para el banquete de la vida.

Luego después, explayando la mirada por el paisaje inmenso, habló al discípulo asombrado:

— Jamás censures el manantial del socorro celeste. Cada hombre recibe de él el valor en el plano en que se encuentra. Guardando los principios sublimes, el criminal se hace menos cruel, el peor se muestra menos malo, el imperfecto mejora, el desafortunado encuentra alivio y los buenos se engrandecen para mayor amplitud en el servicio a Nuestro Padre. Si posees raciocinio suficiente para discernir la realidad, no te pierdas en reprobaciones vacías. Aprende con el Supremo Señor que ayuda siempre, de acuerdo con la posición y la necesidad de cada uno, y distribuye con todos los que te cercan los bienes del Cielo que ya puedes retener con fidelidad y el Cielo te abrirá el acceso a tesoros sin fin...

Terminada que fue la narrativa, Jesús se calló.

Los apóstoles, como si hubiesen recibido una sublime lección en tan pocas palabras, se miraban, expresivamente, silenciosos y felices.

El Señor, entonces, los bendijo y se retiró para las márgenes del lago, mirando, pensativo, las constelaciones que cintilaban distantes...

La jornada redentora

Abierta la dulce conversación de la noche, en torno de la Buena Nueva, la esposa de Zebedeo preguntó, reverente, dirigiéndose a Jesús:

— ¿Señor, como se verificará nuestra jornada para el Reino Divino?

El Cristo pareció meditar algunos momentos y explicó:

— En un valle de un lejano país, algunos judíos ciegos de nacimiento se habituaron a la sombra y a la miseria en que vivían, y muchos años permanecieron en la gruta en la que yacían sumergidos, cuando un iluminado hermano de raza pasó por allá y les habló de la profunda belleza del Monte Sión, en Jerusalén, donde el pueblo escogido adora al Supremo Padre. Al oír la narrativa, todos los ciegos experimentaron una grande conmoción y lamentaron la imposibilidad en que se mantenían.

El amigo vidente, sin embargo, les aclaró que la situación no era irremediable. Si tuviesen coraje de aplicar a sí mismos determinadas disciplinas, con abstinencia de variados placeres de naturaleza inferior a los que se habían acostumbrado en las tinieblas, podrían recobrar el contacto con la luz, avanzando en la dirección de la ciudad santa.

La mayoría de los oyentes recibió las sugerencias con manifiesta ironía, asegurando que los progenitores y otros antepasados habían sido igualmente ciegos y que se les figuraba imposible la rehabilitación de los órganos visuales.

Uno de ellos, sin embargo, joven valiente y sereno, creyó en el método aconsejado y lo aplicó.

Se entregó primeramente a las disciplinas apuntadas y, después de cuatro años de meditaciones, trabajo intenso y observación personal de la Ley, con ayunos y oraciones, obtuvo la visión.

Casi enloqueció de alegría.

En éxtasis, contó a los compañeros la sublimidad de la experiencia, comentando la grandeza del cielo y la belleza de los árboles próximos; sin embargo, nadie creyó en él.

No obstante ser tomado por un loco, el joven no desanimó.

Ahora, veía el camino y conseguiría avanzar.

Se ausentó del hondo valle, pero, sin cualquier noción de rumbo a seguir, vagó días y noches, en estado aflictivo. Atacado por lobos y víboras

en gran número, usaba la mayor cautela, reconociendo la propia inexperiencia, hasta que, cierta mañana, acercándose de un escondrijo cavado en la roca, para coger miel silvestre, fue aprisionado por un ladrón que le exigió la bolsa; sin embargo, como no poseía dinero, se dejó esclavizar por el malhechor que durante cinco años sucesivos lo retuvo en trabajo incesante. El siervo, sin embargo, actuó con tanta bondad, multiplicando los ejemplos de abnegación, que el espíritu del perseguidor se modificó, haciéndose más brando y reformándose para el bien, restituyéndole la libertad.

Emancipado de nuevo, el creyente fiel recommenzó la jornada, porque el ansia de alcanzar el templo divino le poblaba la mente.

Se puso a camino, distribuyendo fraternidad y alegría con todos los viajeros que cruzaban su camino, pero, llegando a una aldea donde la autoridad era ejercida con demasiado rigor, fue encarcelado como si fuese un criminal desconocido; no obstante, sabiendo que sería traicionado por las propias fuerzas insuficientes, caso buscase reaccionar, se dejó encarcelar hasta que el problema fuese resuelto, lo que exigió largo tiempo. Nunca, sin embargo, se reveló inactivo en el ejercicio del bien. En la propia cárcel que hería su inocencia, encontró muchísimas oportunidades para demostrar buena voluntad, amor y tolerancia, sensibilizando a las autoridades, que lo liberaron al fin.

El ideal de llegar al santuario sublime le absorbía el pensamiento y prosiguió en la marcha; pero, solamente después de veinte años de luchas y pruebas, de las cuales siempre salió victorioso, fue que consiguió llegar al Monte Sión para adorar al Supremo Señor.

El Maestro se interrumpió, recorrió la sala silenciosa con su mirada y remató:

— Así es la caminata del hombre para el Reino Celestial.

Antes de todo, es preciso reconocer su condición de ciego y aplicar a sí mismo los remedios indicados en los mandamientos divinos. Alcanzado el conocimiento, a pesar del escarnio de cuántos lo rodean en posición de ignorancia, es compelido a marchar por sí mismo, y solito casi siempre, del oscuro valle terrestre para lo monte de la claridad divina, aprovechando todas las oportunidades de servir, indistintamente, aún mismo a los propios enemigos y perseguidores.

Cuando el seguidor del bien comprende el deber de movilizar todos los recursos de la jornada, en silencio, sin pérdida de tiempo con reclamaciones y censuras, que solamente denuncian inferioridad, entonces estará en condiciones de alcanzar el Reino, dentro del menor plazo, porque

vivirá plasmando las propias alas para el vuelo divino, usando para eso la disciplina de sí mismo y el trabajo incesante por la paz y la alegría de todos.

En oración

En la víspera de la partida del Señor, rumbo a Sídón, el culto del Evangelio, en la residencia de Pedro, se revistió de justificable melancolía. Las actividades del estudio edificante proseguirían, pero el trabajo de la revelación, de algún modo, experimentaría interrupción natural.

La lectura de conmovedoras páginas de Isaías fue llevada a cabo por Mateo, con visible emotividad; sin embargo, en esa noche de despedidas nadie formuló cualquier indagación.

Intraducible expectativa se reflejaba en el semblante de todos.

El Maestro, por sí, se abstuvo de cualquier comentario, pero, al terminar la reunión, levantó los ojos lúcidos al Cielo y suplicó fervorosamente:

— Padre, enciende Tu Divina Luz en torno de todos los que Te olvidaron la bendición, en las sombras de la caminata terrestre.

Ampara a los que se olvidaron de repartir el pan que les sobra en la mesa harta.

Ayuda a los que no se avergüenzan de ostentar felicidad, al lado de la miseria y del infortunio. Socorre a los que no recuerdan de agradecer a los bienhechores.

Compadécete de aquéllos que duermen en las pesadillas del vicio, transmitiendo herencia dolorosa a los que inician la jornada humana.

Levanta a los que olvidaron la obligación del servicio al próximo. Apiádate del sabio que ocultó la inteligencia entre las cuatro paredes del paraíso doméstico.

Despierta los que sueñan con el dominio del mundo, desconociendo que la existencia en la carne es un simple minuto entre la cuna y el túmulo, frente a la Eternidad.

Levanta a los que cayeron vencidos por el exceso de confort material.

Corrige a los que esparcen la tristeza y el pesimismo entre los semejantes.

Perdona a los que recusaron la oportunidad de pacificación y marchan diseminando la rebeldía y la indisciplina.

Intervén a favor de todos los que se creen poseedores de fantasioso poder y suponen locamente absorberte el juicio, condenando a los propios hermanos.

Despierta las almas distraídas que envenenan el camino de los otros con la agresión espiritual de los gestos intempestivos.

Extiende manos paternales a todos los que olvidaron la sentencia de muerte renovadora de la vida que tu ley les grabó en el cuerpo precario. Esclarece a los que se perdieron en las tinieblas del odio y de la venganza, de la ambición descarriada y de la impiedad fría, que se creen poderosos y libres, cuando no pasan de esclavos, dignos de compasión, delante de tus sublimes designios.

Ellos todos, Padre, son delincuentes que escapan a los tribunales de la Tierra, pero están marcados por Tu Justicia Soberana y Perfecta, por delitos de olvido, delante del Infinito Bien...

A esa altura, se interrumpió la rogativa singular.

Casi todos los presentes, inclusive el propio Maestro, mostraban lágrimas en los ojos y, en el alto, la Luna radiante, en plenilunio divino, haciendo incidir sus rayos sobre la modesta vivienda de Simón, parecía clamar sin palabras que muchos hombres podrían vivir olvidados del Supremo Señor; sin embargo, el Padre de Infinita Bondad y de Perfecta Justicia, amoroso y recto, continuaría velando...